

I. N. I. A. L.

Sector I

Anaquel 9

Nº 61

I. N. I. A. L.

Procedencia ADQ.-LIBRERIA DEL
PLATA.Bs.As.--(2 Ts.en\$32.50

Expediente (Folto 14).-----

Pieza Nº 5 a.-----

Fecha 22 diciembre 1948.--

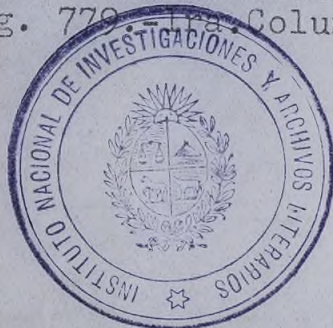
Destino BIBLIOTECA.--

46.
E. 655

AP 98519, N 212, E 8-
Vol. 142

"En la travesía del Atlántico, dando
"muestras de la fecundidad que perjudi-
"caba a su labor, escribió una novela
"LA ESTRELLA DEL SUR"- 'Memorias de un buen
"hombre', obra en dos tomos según Dardo
"Estrada. Heraclio Fajardo, por otro lado,
"afirma que comprendía nada menos que
"siete. De esta novela se habrían hecho dos
"ediciones en España, la primera en Málaga
"en 1849 y más tarde una segunda en Madrid.
"Lo dicho por Estrada parecería más razona-
"ble, no obstante su advertencia de que no
"ha tenido a la vista esa novela, y el he-
"cho de no mencionar tampoco la edición
"madrileña."

Dr. José Ma. Fernández Saldaña/- "DICCIO-
NARIO URUGUAYO DE BIOGRAFIAS/1810-1940"
Editorial Amerindia.- Montevideo. 1945.
Pág. 779.- 1ra. Columna.-

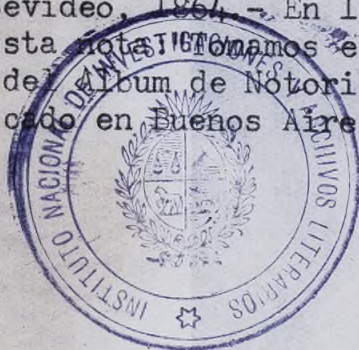


ada a la Península publicó

"Durante la travesía de su viaje a Europa
"escribió una novela en siete tomos titu-
"lada ESTERLLA DEL SUD, la que a su llegada
"se publicó en Málaga, mereciendo los hono-
"res de ser reproducida en Madrid. El autor
"siguió la fortuna de su obra de una a otra
"de esas ciudades."

✓DO
Buenos Aires, Mayo de 1862.-HERACLIO C. FAJAR-

✓En la página 14 de la primera entrega de
BRISAS DEL PLATA", Biblioteca Americana.-Mon-
tevideo, 1864.- En la página citada existe
esta nota: "Tomamos esta reseña biográfica
"del Album de Notoriedades del Plata, publi-
"cado en Buenos Aires en 1862".



© 196.910

"A mi llegada a la Península publicó
"en Málaga el editor Rosales, la ESTRE-
"LLA DEL SUD (siete pequeños volúmenes
"en 32 de 200 páginas) novela escrita
"durante la travesía, y que obtuvo muy
"favorable acogida, siendo reimpresa
"en Madrid y en algunas capitales ameri-
"canas. En Buenos Aires, sinó me es
"infidel la memoria, la reprodujo La
"ILUSTRACION;..."

Buenos Aires 3 de Agosto 1858.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

[En la página 18 de "No Hay Mal Que
Por Bien NO Venga", novela original de
D. Alejandro Magariños Cervantes.-Buenos
Aires-Agosto de 1858.-Imprenta de MAYO]

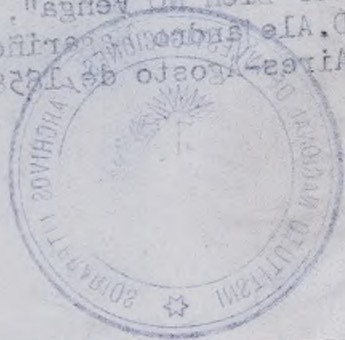


NACIONAL
IONES
RARIOS

019.461 ADAB

"A mi llegada a la Península publicó
"en Málaga el editor Rosales, la ESTRE-
"LLA DEL SUR (siete pequeños volúmenes
"en 32 de 200 páginas) novela escrita
"durante la travesía, y que obtuvo muy
"favorable acogida, siendo reimpresa
"en Madrid y en algunas capitales ameri-
"canas. En Buenos Aires, si no me es
"infidel la memoria, la reprodujo la
"ILUSTRACION:..."

Buenos Aires 3 de Agosto 1858.
A. MAGARIÑOS CERVANTES.
En la página 18 de "No Hay Mal Que
"Por Bien NO Venga", novela original de
"D. Alejandro Magariños Cervantes. - Buenos
"Aires - Agosto de 1858. - Imprenta de MAYO



Yuseo
BIBLIOTECA

DEL

MEDIO-DIA.

TOMO LIV.

LA ESTRELLA DEL SUR.

C 196.910 A3A8

IONAL
IONES
RARIOS

ADVERTENCIA.

Deseosa el editor de corresponder a la confianza que le dispensan sus numerosos suscritores, ha hecho la adquisición de la presente **novela**, debida a la pluma de un joven y distinguido escritor americano, ya ventajosamente conocido por otras dignas producciones en prosa y verso.

La presente reúne a su interesante argumento, un fin moral, recomendable bajo todos conceptos, un estilo ^{fácil} ^{animado} y vigoroso; escenas y episodios vivos, imágenes y pensamientos originales.

INSTITUTO NACIONAL
DE INVESTIGACIONES
Y ARCHIVOS LITERARIOS

SALA URUGUAY

pincladas de sana crítica y de ameno pasatiempo, que cuando no instruyen, divierten al lector; objeto principal de esta clase de composiciones.

El editor se lisonjea que será recibida con placer por sus suscritores, y se ha apresurado a publicarla, alternando con el Siglo de Luis 14 que está dando actualmente.

También le cabe la satisfacción de anunciarles que apesar de ser una obra original y haber hecho algun sacrificio para obtenerla, no se le ha aumentado al precio establecido para las traducciones.

El Editor.

AMIS QUERIDOS PRIMOS

LA SEÑORA

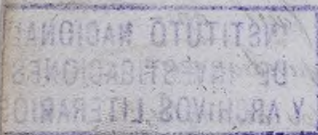
D.^a Carmen Magariños de Araujo

Y

DON MATEO MAGARIÑOS CERVANTES.

Tended una mano amiga
A esta pobre, humilde ofrenda
Del afecto que nos liga
Y desde la cuna abriga
Nuestro corazon... en prenda
Recibidla de el anhelo
Con que leal vuestro hermano,
Recuerda en extraño suelo
Cuanto cubre el puro cielo
De su edem americano!

Madrid, Junio de 1848.



CAPITULO I.

Demanda y ofertas.

—Me voy, Emirene, tengo que hacer....

—Pero oye....

—Hija, veremos... es demasiado caro ese aderezo. 20,000 duros... eh!... mas vale comprar un mineral en paseo. Ya tienes bastantes alhajas.

—Pues mira: cuando yo te insinuaba que le tomase era porque como de aquí á tres dias es tu santo... y siempre en esas ocasiones acostumbras hacerme un regalo de consideracion, creh!....

—Ah! es verdad, no me acordaba.....

Golpeose la frente don Juan, (tal es el nombre de nuestro protagonista) y levantando el picaporte y poniendo el pié en el dintel, en ademán de bajar la escalera, repuso:

—Bien: lo pensaré.

Una sonrisa inefable vagó por los labios de su linda esposa, que mirándole con cariñosa espresion, se colgó á su cuello, y dando á su acento toda la dulzura y zalameria de que es susceptible una mujer jóven, amada, bella y coqueta, añadió:

—Me complacerás, ¿no es verdad? pero resuélvete pronto, vida mia, porque mi amiga Pilar, la condesa de Abancay, tambien lo quiere, y solo espera el platero mi respuesta para vendérselo.

—Bien: te repito que lo pensaré, contestó don Juan con acento pesaroso, y si puedo no te quedarás sin él. Adios, que me espera el virrey y se pasa la hora.

—Volverás pronto?

—Es probable que hasta la hora de comer.

Si don Juan no estuviese tan preocupado en las diversas ideas que bullian en su cabeza, sin duda hubiera notado la súbita aunque lijera espresion de alegría, con que, al oír estas palabras, brillaron los ojos de su encantadora mitad. Ella, sin embargo, puso cariñosamente sus frescos y rosados labios sobre su boca, provocándole á que la diera un beso, y le apretó la mano con un afectuoso,

—Adios, no tardes.....

—Adios, contestó él con voz conmovida, volviendo la cabeza para ocultar alguna lágrima involuntaria que se escapaba de sus ojos.

Tal es, querido lector ó querida lectora, (si eres bella se entiende) lo que pasaba en Lima, en esa nueva Cápua de la América Meridional, una plácida mañana del mes de Agosto de 1798 en la mas hermosa y elegante casa, ó mas bien palacio, de la calle de San Carlos. Y como es de

presumir que el diálogo anterior haya excitado vuestra curiosidad, será preciso que entre en algunos detalles para la mas perfecta inteligencia de esta verídica historia.

Pero antes de pasar adelante, antes de empeñaros á que me acompañeis en el corto ó largo, nuevo ó trillado, bueno ó mal camino que pieuso atravesar, debo en consecuencia haceros algunas advertencias para que en ningun tiempo podais decir que os he engañado. La franqueza es el distintivo de mi carácter, y prefiero que me tengan por grosero y estravagante, á no decir todo lo que siento cuando llega el caso. Quizá este proceder no sea muy cuerdo; pero no es culpa mia si así me ha formado la diestra del Supremo Artífice y el demasiado cariño de los que me dieron el ser (1.)

[1.] A continuacion examinaba en estilo agri dulce el estado de la literatura en América y España; pasaba luego á considerar la gloria y utilidad que produce á los que se dedican á ella, Al-

«Si este lenguaje no os agrada, sino lo creéis sincero; consideraremos mi aficion, si gustais, por el lado ridiculo; pues, como sabeis, todas las cosas tienen uno sério y otro burlesco. Y os diré entonces, que para mí el escribir una obra cualquiera, es cuestion de capricho. Hay dias en que me acomote el *spleen*; los libros me cansan, la sociedad me incomoda, las diversiones me fastidian, hasta la bella ingrata que adoro con delirio y que no me quiere, aunque ella afirma lo contrario, siendo divina y buena como un ángel, me parece horrorosa y mala como un basilisco: todo lo miro al través del negro velo de mi melancolía... Entonces deseo hablar y que me oigan: pero solo, aislado, sin necios que me interrumpan, sin viejas que me

gunos de los puntos que tocaba se rozaban con la política, y como me ha anunciado la empresa que la índole de sus publicaciones no lo permite, he preferido suprimir el fragmento entero á mutilarlo. Queda la parte festiva, que tambien hubiera desaparecido, á no haberla publicado anteriormente un periódico de esta ciudad.

atosiguen, sin niñas traviesas que se deleiten en robarme la escasa paciencia que me deja mi mal humor. Y qué hago?... Cojo media resma de papel y una pluma, y con ellas instalo una cátedra que llamaremos de charlataneria, á falta de otro término que espresé mejor la idea de hablar, sin dejar meter baza á nadie; y cantando:

«Tomado me ha sin remision la murria,
Ya quiero desnudar mi durindaina.
Ya le ha dado á mi lengua la estangurria [1].

me constituyo catedrático, ó sea escritor público; con los emolumentos de costumbre: noches de vigilia é insomnio, dias de postracion y mal estar, dolores de cabeza y fiebres de cuando en cuando.

Esto mientras dura la obra. Cuando se acaba, entra la tibieza por no decir indiferencia con que el público acoje los ensayos del que, en un momento de vanidad disculpable, creyendo sentir algo en su

(1) Quevedo, sátira VI. A una dama.

mente, se atreve á presentarle los productos de su capacidad, mas ó menos elevados, mas ó menos nutridos por el estudio, la meditacion y el trabajo: vienen los malos ratos que le causan las imprentas é impresores con sus innumerables erratas y mutilaciones de todo género: las murmuraciones de los envidiosos, que afectan despreciar lo que no pueden hacer; la censura en los estrados de los eruditos (á la violeta) el estudiado desdeñ de los *impotentes*, que incapaces de producir bellezas de ninguna clase, se contentan con descubrir defectos, empezando por las cacofonias y sinalefas, y acabando por la puntuacion y las comas; porque al fin, dicen ellos, son amigos del autor; y él algun dia agradecerá esta prueba de amistad que le dan, y conocerá que solo les hace hablar asi el deseo de sus adelantos, y se convencerá de que por lo mismo que hacen justicia á su talento no pueden mirar con serenidad que descuide la ortografia, y...y... Miserrables!

Profeso tanto cariño, estoy tan agradecido á la imparcialidad y benevolencia de estos señores, que no quiero, aunque parezca estemporáneo, perder la oportunidad de someter á los filos de su escálpelo el siguiente símil y dudas que se me han ocurrido, al hacerles el honor de acordarme de ellos.

Newton, por medio de una teoría luminosa y verdadera, reveló las leyes que mantienen el equilibrio y armonía del universo; y Guillotin, sin mas trabajo que el de calcular la velocidad de una cuchilla insertada en un pedazo de madera, inventó la guillotina. Cada cual á su modo, hizo un servicio á la humanidad, y sobre todo á sus contemporáneos.

¿No pudiera distinguirse así el crítico ilustrado y verdaderamente amigo del autor, aunque á veces le disguste manifestándole sus errores, del que solo aplica su inteligencia, tenga ó no capacidad, á mutilar, ó mas claro, á asesinar los pensamientos que vá ecsaminando? no es mas di-

fícil hacer una crítica justa y razonable, regularmente bien hecha, elogiando, que veinte embozadas y alevosas, que dejen de producir el efecto pernicioso que se propone el que las escribe? Desearia que estos apreciables señores tuviesen presentes estos principios, si, como espero, se acuerdan en esta ocasión de mi persona, con la misma cordialidad y placer que yo de la suya.

Siguiendo nuestra ficción, que acaso es mas real de lo que el lector piensa y yo mismo creo, me corresponde dar cuenta en un discurso inaugural, (prólogo ó delante del libro) del asunto y del orden que pienso llevar en mis lecciones, ó sea en el curso académico, (vulgo, novela) para que al que no le agrada, no se matricule, (vulgo, suscribirse), y no ponga luego el grito en el cielo, desacreditando á la ciencia y al profesor, por diez ó doce miserables reales que le haya hecho gastar en la obra que ha de servirle de testo.

Convenidos W. en oír el discurso, y yo en decirlo, figurémonos que nos hallamos reunidos en un espacioso local, como el Ateneo, el Porvenir de Madrid, ó el Liceo de Málaga, y que yo subo á la tribuna, ó me siento en una mesa parecida á las que hay en las dos citadas sociedades madrileñas, en medio del sordo chicheo de un numeroso auditorio, compuesto de la turba multa aficionada á leer novelas. Adolescentes á quienes empieza á apuntar el bozo; vírgenes de quince primaveras; novísimas vírgenes de veinte á treinta; señores mayores de ambos sexos, que recuerdan el terremoto de Oran y el nacimiento de Carlos III. Y para que sea mayor la ilusión y nada falte á tan lisonjero cuadro, al fijar la vista en mí, en vuestro ilustre y digno catedrático, os encontráis frente á frente con un gallardo y gracioso jovencito de 93 años, enteramente calvo, de color aceitunado, enano y atrozmente gordo, con un ojo tuerto y otro huero, con una boca de oreja á oreja, sin dientes, el habla gango-

sa, las manos y la cabeza en continuo movimiento, agitadas del aire perlático, la nariz disforme bajando en forma de gancho á juntarse con la punta de la barba, prominente y aguda como el pico del Corcorado, (1) y vestido con pantalones, chaleco, corbata y chaqueta de flamante paño colorado, en servicio activo desde el año de 1789.

Figuraos que despues de echar un vistazo con el único ojo disponible que tengo, torciendo la cabeza á un lado para ver, á guisa de toro que va á embestir, y poniéndome la mano atrás de la oreja, para oír cierto rumor siniestro que se levanta á mi izquierda, promovido por la sorpresa que os causa mi desusada catadura, empiezo de este modo mi brillante improvisación.

Señores y señoras:
Al dirijiros aun otra vez la palabra. re-
bosa mi corazón de intenso júbilo, y qui-

[1] Famosa montaña en los alrededores de Río-Janeiro.

siera tener la elocuencia y verbosidad de Vasqueb (don Santiago (1), ó de Lopez (don Joaquin Maria (2), para espresarme de un modo digno de la escojida reunion que me honra y envanece con su presencia.

En la imposibilidad de hacerlo como deseara, me limitaré á darle las mas espresivas gracias por el insigne favor que me dispensa, á reclamar toda su induljencia para las muchas faltas y defectos de mi pobre injenio.

Propóngome en este curso, tratar un asunto que creo nuevo, ameno y lleno de interés, por la sencilla razon de ser produccion mia.

Las bellas rejiones del nuevo mundo nos suministrarán, vírjenes como sus selvas, y realzadas por el colorido local, caracteres, imàjenes y episodios, no explotados por nadie todavia, enteramente nuevos para los que habitan de este lado del Atlántico, y

[1] Ilustre orador americano.

[2] Idem español.

doblemente interesantes para los que pueden apreciarlos mejor, viviendo en el teatro de los sucesos.

Un anciano comerciante español, honrado, noble, jeneroso, adornado de todas las cualidades morales, que en su juventud pasa á América con su maleta al hombro á buscar fortuna, y al cabo de veinte años se ve dueño de millones: una jóven americana, bella, coqueta, traviesa, de imaginacion viva y anhelosa, contra su voluntad arrastrada á un precipicio por su orgullo é irreflexion, y salvándose por una série de peripecias propias de un drama ó de una novela; un jóven calavera, hijo de una ilustre casa, seductor, audaz, muy infatuado de su persona, de sus riquezas y conquistas amorosas, amaestrado al buen tono en las grandes capitales de Europa, y con todos los vicios propios del suelo en que nació, de la educacion que entonces recibian los nobles, y de la vida vejjetativa y puramente material á que estaban condenados en el sistema de gobierno, es-

tablecido por la metrópoli respecto de sus colonias, y un negro, modelo de astucia, valor y fidelidad, son los cuatro tipos, las cuatro figuras prominentes en el cuadro que intento bosquejar.

Siento en el alma, señores, tener que advertiros que no acostumbro, ni pienso en esta ocasion, abdicar mi personalidad: es decir, limitarme á referir simplemente los hechos sin apartarme de ellos una línea; lo que para mi equivale á hacer el oficio de los *truchimanes* y traductores, cuyo único deber, si quieren llenar fielmente su cometido, se reduce á no pensar por su cuenta, y limitarse solo á espresar con distintas palabras, en lenguaje castizo é inteligible, los pensamientos ajenos. Cosa difficilísima y que no siempre consiguen los buenos traductores, y nunca los infinitos *truchimanes*,

Que de francés en gabacho,
Traducen el pliego á real [1]

[1] Moratin.

para mengua, escarnio y desdoro de la literatura española.

Y repito que no puedo abdicar mi personalidad, aunque quisiera, porque, tanto cuando estoy en este sitio, como cuando me encuentro solo en mi gabinete componiendo mis lecciones, figurome que os tengo delante, que sois todos mis conocidos, amigos íntimos; que estamos en una reunion casera, y que yo tengo la palabra y os cuento alguna historieta ó emito mi opinion sobre el tema, objeto de la conversacion. Fígurome que me interrumpis para comentar ó impugnar lo que digo; ora burlandóos, ora mas serios que un ministro barbilampiño, al sentarse por vez primera en la poltrona ministerial; y que yo me defiendo y sostengo mis ideas con un calor y terquedad, dignos de mejor causa: iba á decir del general Rosas, pero no he querido, considerando que seria una insolencia inaudita atreverme yo, mísero reptil, obscuro charlatan, que ni siquiera he sido diputado ó secretario de Estado, á po-

nerme en parangon nada menos que con el Excmo. Sr. D. Juan Manuel Rosas, gobernador y capitán general de la provincia de Buenos-Ayres, encargado de las relaciones exteriores de la confederacion argentina, grande americano, padre de la patria, héroe del desierto, defensor de la independencia americana, gran mariscal, primer campeón de las libertades patrias, primera columna de la federacion, restaurador de las leyes. Washigton del sud, benemérito de la patria etc.etc., que estaría escribiendo hasta mañana sin agotar todos los títulos que la adulacion y el servilismo han aglomerado sobre la cabeza de ese tigre, llenándole de condecoraciones y dictados, mas propios del sublime Emperador de los chinos, el de la corte celestial, que de un representante de un pais libre y democrático (en el nombre).

No pudiendo, pues, abdicar mi personalidad, me es forzoso desviarme de la marcha jeneralmente seguida, y me reservo en toda su plenitud el derecho de hablar

en primera persona, de dirijirme á una porcion de mi auditorio siempre que me parezca oportuno ó se me antoje, y de lanzarme de golpe.

Cual selvático potro, roto el freno, (1) en el vasto campo de las digresiones, á las que profeso una aficion loca.

Efecto, segun creo,
De mi carácter vago,
Que las cosas mas serias de este mundo,
Solo por pura digresion las hago, (2)

Pido igualmente permiso para disertar y filosofar, y hacer gala de mi portentosa erudicion enciclopédica, y echarla á veces de chistoso, aunque maldita la gracia que tengo. Todo lo cual espero me concedereis, en atencion á que seria una iniquidad mostrarse demasiado intolerantes y severos con un pobre vejete, que instala una *cátedra de charlataneria*, solo para tener el gusto de decir cuanto se le viene á las mientes.

(1) Rivera Indarte, Judas Iscariote.

(2) D. J. B. Sandoval. La Perrita Faldero.

Advierto además, que, como habrán conocido los oyentes por las muestrécitas anteriores, tengo una inclinacion invencible á leer versos, y lo que es peor, á componerlos. Esta ruin costumbre detestable me ha estragado el gusto, y no puedo hablar dos palabras seguidas sin que se me vengán á la memoria mis rimas y las agenas. Todo lo que puedo hacer, señores, en obsequio á W. para que no se duerman, es no citar nada mio. Respecto de lo que no me pertenece, respecto de los autores estraños con quienes vivo en estrecha intimidad, no está en la esfera de mis facultades tratarlos con el mismo rigor, pues se incomodarian y se marcharian de mi biblioteca bufando como gatos. Los literatos son muy susceptibles y no perdonan jamas insultos de esta clase.

De vez en cuando, para que el auditorio se ejercite en la traduccion, pues las personas que leen novelas son por lo general muy instruidas, citaré algunas frases y cortos renglones en varios idiomas, teniendo

do especial cuidado de no traducirlos hasta el fin del curso, para promover asi indirectamente entre los desatentos el interés y la curiosidad, que naturalmente despierta aquello que parece envolver algun misterio. Si la honorable reunion, á consecuencia de este proceder, me concede el título y la gran cruz de pedante de primer orden, los aceptaré con entrañable regocijo y como una prueba mas de su ilustracion y benevolencia. Sin embargo, para que no se piense que me propongo ya una mira interesada, seré muy parco en esa clase de citas y todas estarán justificadas por el motivo espuesto ú otros equivalentes.

Tales son, señores, los medios de que pienso valerme, para salir airoso del compromiso en que voluntariamente me he puesto. Nada quiero decir sobre el fin moral de mis lecciones, por que cada uno podrá juzgarlo por sí mismo. Lo que sí puedo asegurar es, que no obstante el tono chancero que pienso gastar á veces,

y la índole especial de las intrincadas materias que formarán el objeto de nuestras conferencias, ninguna inmoralidad se deslizará de mis labios, ni á trueque de hacer reír me valdré de alusiones y conceptos indecorosos: me estimo bastante para descender hasta ese terreno.

Comprendereis, señores y señoras, que por mi parte no me es dado hacer más. A vosotros toca comprar mis lecciones impresas, encomiarlas y ensalzarlas á gritos en las tertulias, cafés, teatros, estrados y hasta por las calles, plazas y paseos públicos. A vosotros toca dar de bofetadas y arrancar la lengua al insolente que se atreva á dudar de su mérito y á decir en vuestra presencia que no valen nada.

Si apesar de todos mis esfuerzos y buenos deseos, el resultado no corresponde á vuestras esperanzas, como puede suceder sin ser milagro,

Porque es tan feliz mi suerte,
Que no hay cosa mala ó buena.

Que no la piense de tajo
Y al revés no me suceda (1)

Si en vez de distraeros os fastidia, si en vez de alegraros os hago bostezar, tened caridad y no murmureis, que Dios os lo tendrá en cuenta, al presentaros la enorme hoja de vuestros infinitos pecados, méritos y servicios contraidos en el mundo, y pagaréis jirados á favor del infierno. Tened caridad y reportaos, como si sufriéseis las importunas y pesadas bromas de un amigo necio, hablador y cargante, al queuviéseis necesidad u obligación de tolerar. Tened caridad y no me saqueis el cuero, considerando que, el poseer un libro narcótico, es una ventaja inapreciable; porque cuando uno no puede conciliar el sueño, le toma, y antes de abrirle se queda profundamente dormido. Tened caridad y compadecedme, (esta es la mas negra,) que acaso confederados los boticarios de toda España, me demanden en

(1) Quevedo, Letrillas satíricas.

juicio, quejándose con razon que no venden un escrúpulo de opio ni un grano de adormideras, desde que se ha anunciado la publicacion de mis lecciones; y que no siendo yo del gremio, ni estando autorizado ni pagando la patente establecida, no soy mas que un intruso que les usurpo sus derechos y atribuciones, y que es un deber de estricta justicia en la autoridad, prohibirme que à título de ilustrar al público, especule en su industria, los estafe y arruine.

Esta exhortacion va encaminada únicamente á aquellos de mis dignos discípulos que cumpliendo con su deber, estén suscritos ó se suscriban en la libreria de don José del Rosal, Pasaje de Heredia, ó en la calle de Granada número 74, á la publicacion de mis *Lecciones*, que empezará como es costumbre, al espirar el curso académico.

A los no suscritos, à los que acostumbra leer las obras de gorra y quedarse con ellas si pueden, me permitiré ha-

cerles notar, que es una prueba de mala educacion divertirse gratis, y encima criticar al que les proporciona la diversion sin haber ellos contribuido con nada para que sea mejor. Y como los creo personas de *fondo y conciencia*, me tomaré tambien la libertad de recordarles que el séptimo mandamiento y el Código Penal vijente prohiben el *hurto*, el cual se divide en hurto de cosa, de uso y de posesion; segun las leyes 2, 3 y 9 del título XIV de la partida VII.

A los que la echan de *entendidos*, y por que han leído cuatro libracos, se creen autorizados para medir todas las producciones, cualquiera que sea su jénero, con el compas de una crítica sistemática y rastrera, y absolver ó condenar al autor, segun su obra cabe ó no en el molde de sus mezquinas ideas literarias, subordinadas siempre á ciertas reglas esclusivas que les sirven de *pauta* para emitir sus fallos inapelables, contentaréme con arrojarles de paso esta *hojecilla*.



imitando su tono dogmático y pedantesco:

«Pedants shall not tie my strains
To our antic poets veins;
Being born as free as these
I will sing as I shall please. (1)

En suma, para ofrecer una garantía y una prueba mas de aprecio al respetable auditorio, para corresponder de algun modo á la indulgencia y benévola atención con que se ha dignado escucharme, cerraré mi discurso invitándole á que sacuda su indiferencia habitual y se suscriba cuanto antes sin recelo, asegurándole bajo mi palabra de honor, que si despues de leer la obra despacio no la encuentra de su agrado y quiere devolverla, no tiene mas que presentarse en esta redaccion y entregarla á un dependiente que se hallará comisionado para recibirla, el cual, en el acto, sobre la marcha, al instan-

(1) Southey. My Fancy.

te le dará..... un trancazo en la nuca!
He dicho.

De este modo concluyo mi elocuente discurso, y sacando del bolsillo del pantalón un gran tarro de hoja de lata, sorbiendo el tabaco á puñados, en medio de la algazara, silbidos y estruendosas carcajadas del público, estornudando y trompicando; empiezo á bajar de la tribuna con toda la pompa de la ignominia; doy un tropezon, caigo y me rompo las narices contra el respaldo de una silla.

Este incidente inesperado, como que no entraba en el programa presentado no ha mucho á los circunstantes, aumenta su jovialidad, y siguen riendo y palmo-teando como energúmenos, sin que haya uno que me tienda la mano para levantarme!

Entonces me amostazo, y tirando el tarro de tabaco contra el suelo, les grito con voz de trueno:

—He aquí la suerte reservada á todos los que pretenden hacer algun bien á los

hombres y descubrirles grandes y útiles verdades! Miserable condicion de los descendientes de Adam, que cuando tuvieron valor de envenenar al que les revelaba el dogma de la inmortalidad del alma y de la existencia de un solo Dios; (1) crucificar al que venia á redimirlos del pecado; y encerrar por loco al que descubrió el vapor (2), harán conmigo las tres cosas juntas, siquiera por mi calidad de *grande hombre* y bienhechor de la humanidad;

Que siempre en este mundo y siglo rudo
Sufren los buenos penas y quebranto! (2)

Basta.... no quiero ser víctima! queda cerrado el curso.

Etonces, los futuros cursantes, azorados y confusos, no de compasiou, sinó de ver lo feo que me he puesto con el enojo, me rodean y me suplican que no los

(1) Sócrates,

(2) Folton.

(3) Quevedo, sátira citada.

abandone; que no volverán á reincidir; y que los saque de las tinieblas de la ignorancia.....

—La ignorancia siempre es atrevida contestó mas furioso sin quererlos oir.

Algunas personas de respeto interceden, y despues de dejarme rogar largo rato, mientras recojo y echo en el tarro el tabaco que se ha desparramado por el suelo, consiento en seguir el curso, con la imprescindible, precisa é indispensable condicion *sine quá non*, de que todós, todos sin distincion de edad, secso, clase ni personas, se han de suscribir en el acto á mis Lecciones.

—Bueno! Bueno!.... gritan en coro, y empiezan á salir en tumulto, mientras yo me quedo en un riocon refunfuñando, limpiándome las narices *mal heridas* y meditando sobre la facilidad con que tropiezan y caen los que buscan *posiciones elevadas*, ora ocupen las gradas de un trono, ora el humilde asiento de una cátedra.

De mis largas reflexiones deduje lógicamente que siempre es muy peligroso llamar la atención de los demás, y humillar su amor propio, haciéndoles confesar que tenemos mas talento, mas buena estrella, mejores dotes físicas ó morales, y en una palabra, que valemos mas que ellos.

Esta última frase vale un Perú por la modestia que respira; cualquiera diría..... lo que quiera!

Medio mundo se ríe
De el otro medio,
Y yo solo me río
Del mundo entero (1)

(1) Villergas.

CAPITULO II.

Dios te de fortuna, hijo.

Dejé à mis protagonistas al comienzo del anterior capítulo-prólogo-prospecto-ecsórdio, á la dama, pidiendo como quien no pide nada un aderezo que valia veinte mil duros, la friolera de 400,000 reales, y al galán, ofreciendo con la mejor, voluntad del mundo, complacerla si le era dable.

Tiempo es ya de entrar en los detalles prometidos y de poner á mis lectores en relacion con los personajes de esta historia.

Escusaré la fórmula de costumbre: presento á vd. el señor don N. mi amigo, y persona muy recomendable etc. etc., porque apesar que la mayor parte de las veces esto sea un solemne embuste, siempre se supone que aunque no amigos ni recomendables, el recomendado ni el recomendador, siempre será una persona decente la que éste último se atreve á presentar.

Seríame en estremo sensible que el respetable público creyera que soy capaz de abusar de su amistad y confianza hasta ese estremo, y de introducir en su casa, bajo la forma de libro, á algun pelafustran ó pí-saverde. Dios me libre!

Oh! le aseguro, á fé de ex-poeta fabricante de mentiras que todas las personas que le iré presentando son muy distinguidas y dignas de su aprecio y consideracion. Yo no me rozo ni me trato con jentecilla de tres al cuarto.

Empezaré por don Juan.

Don Juan de Serelar y Villavicencio,

hidalgo español, hijo de una antigua y noble casa de Castilla, por su desgracia ó fortuna, vino al mundo despues de otro hermano, que heredó el mayorazgo y todo el pingüe patrimonio de sus ascendientes. En aquellos felices tiempos turrone-ros en que la bandera española flameaba desde el Plata al Pacifico, desde el tismo de Panamá hasta las Californias, la América era un vasto campo, un *Dorado* abierto á todos los que no encontraban en su patria la felicidad y el bien estar que anhelaban. A la edad de veinte años, embarcóse don Juan en Sevilla, con otros muchos compatriotas de las distintas provincias de la península, ancioso, como ellos, de probar fortuna, y sin mas equipaje que una maleta no muy provista, y media docena de medallas que, á duras penas, pudo conseguir de su avaro y despiadado hermano.

—Dios te dé fortuna, hijo, dijole llorando su madre al echarle su bendicion, y al abrazarle por vez última.

— Así lo espero, contestó don Juan con voz resuelta, enjugándose las lágrimas y besando la mano de su cariñosa madre.

Favorecido por las poderosas recomendaciones que llevaba, logró á los pocos dias de estar en Lima entrar en una casa de comercio; y por no fastidiar al lector, diréle de una vez, que al cabo de diez años, pudo adquirir, afuerza de trabajo, economía y perseverancia, un decente capital.

Entonces puso una casa de comercio por su cuenta, y fué tan pródiga con él la suerte, que en breve se vió dueño de una fortuna colosal, de aquellas fortunas que se hacian en América, cuando no éramos tan libres ni patriotas como ahora.

Entonces, el obscuro segundón, Juanillo el dependiente se convirtió en el señor don de Juan de Serelar, esclarecido hidalgo, oriundo de una notabilísima y antigua casa española, acaudalado capitalista, de una probidad intachable, y caballero muy recomendable bajo todos conceptos.

De este modo le calificaban los mismos que, cuando llegó á Lima, apesar de conocer á su familia y saber que era un joven honrado, inteligente y laborioso, pasaban por su lado sin saludarle.

Poderoso caballero
Es don Dinero!

Preciso es convenir, sin embargo, que en esta ocasion, las riquezas no habian servido sinó para poner en transparencia lo que ecsistia antes, como la luz para revelar las bellezas de un cuadro de mérito, cubierto de polvo y sepultado en el rincon de alguna oscura biblioteca; al contrario de tantas, en que el oro cubre con un barniz deslumbrador los mas ruines defectos, y los substituye por las cualidades mas apreciables.

Don Juan, antes de ser rico, era tres veces noble, por su cuna, su corazon y sus virtudes: la opulencia no le ensoberbeció jamás; siempre fué el mismo.

La perseverancia era el distintivo de

su carácter: no retrocedía ante las dificultades: calculaba muy despacio los obstáculos, examinaba los medios de que podía disponer, meditaba y le costaba mucho trabajo decidirse, pero una vez resuelto, no desistía de su intento hasta realizarlo.

La fortuna ayuda á los audaces, decían los Romanos: al principio sufrió algunos contrastes; pero su tenacidad y constancia lograron fijar la rueda de la voluble diosa. Su carácter se formó en esta escuela, y convirtió en axiomas para su vida privada, las máximas que le servían de norte en la vida mercantil.

Este era el secreto de su prosperidad que tanto admiraba á los necios y á los espíritus vulgares.

La perseverancia, sin estar unida á un gran talento, basta muchas veces para alcanzar los mas sorprendentes resultados y hacer descollar al hombre animado por la fuerza y la fé incontrastables que ella sola le comunica. Con perseverancia el tartamudo Demóstenes llega á ser el pri-

mer orador de la Grecia, y Rousseau, que escribía con suma lentitud y trabajo, el escritor mas elocuente de su siglo. Hay ocasiones en que equivale al genio y le supera. Es la clave que explica muchos fenómenos incomprensibles para los que no se detienen mas que en la superficie de las cosas, deslumbrados por el oropel que las circunda.

Ríome por eso de muchas aserciones que oigo con frecuencia, y que se repiten como verdades inconcusas hasta por personas muy instruidas y recomendables por otra parte. Para mí, el hombre que de cualquier modo que sea, consigue llegar al fin que se propone en el arte, ocupacion ú oficio á que consagra su actividad, tiene un talento especial fecundizado por una grandosis de perseverancia: lo que á mis ojos es un mérito incontestable. No recuerdo á que rey presentáronle en cierta ocasion á un opulento capitalista de quien la envidia murmuraba que se habia enriquecido por medios

no muy licitos, y cuyo aspecto no era el mas agradable: no bien se hubo marchado, volviose el monarca al ministro que le acompañaba y le dijo que tenia una facha muy grotesca y vulgar, que se conocia que la fortuna era mujer y caprichosa, que aquel Orang-Outang debia ser un solemne picaro, y otras lindezas por el estilo; á lo que el favarito, sonriéndole inclinándose con respeto contestó con esta delicada ironia:

—Perdone V. M. el hombre que sin tener un maravedi consigue realizar un capital de diez millones como N., no puede ser un picaro, ni un bruto. Necesariamente debe ser un hombre de talento en su género.

Lo mismo podemos decir del modo como se justiprecia á los hombres eminentes. Oh! repiten á cada paso, el genio de Platon, del Dante, de Cervantes!... Todo se atribuye al genio, es decir, á la casualidad, á un don de la Providencia, que se dignó escojerlos entre la muchedumbre para orlar sus sienes con una auréola de

gloria. Miserable efugio de la vanidad humana que no sabe como ocultar su nulidad y rehabilitar su amor propio humillado! Sin desconocer las felices disposiciones con que nacieron Platon, Dante y el inmortal autor del Quijote, niego que por esa sola circunstancia hayan realizado sus pasmosas creaciones, como se finge creer, porque eso seria dudar de la justicia de la Providencia y caer en el absurdo principio de la predestinacion, en el fatalismo.

El genio! el genio! repiten, y no consideran que los hombres á quienes proclaman como tales, antes de revelarlo, antes de conquistar el derecho de hacérselo confesar, pasaron y pasan los dias y las noches, entregados á la meditacion y al estudio, regando gota á gota con el sudor de su frente los retoños del laurel que ha de ceñirla mas tarde, brotando en una tierra infecunda y devastada por los ardientes rayos del sol de la vida material: el positivismo: luchando brazo á

brazo con las concepciones de su pensamiento y la dificultad de embutirlas en una forma dada; desalentados al principio por la indiferencia del público; lastimados luego por el orgullo, el egoísmo y la envidia de los demás; heridos por los envenenados tiros de la maledicencia ó de la calumnia; postrados por la continuacion de un penoso labor intelectual mil veces mas abrumante que el del cuerpo, quebrantada su salud por las inervaciones físicas y morales, que le ocasionan la facilidad con que se ec-saltan y el entusiasmo y ardor febril de las situaciones que se forjan, cuando la inspiracion ajita en torno de ellos sus alas de fuego; siguiendo por entre abrojos y espinas, el fantasma engañoso de la gloria, que, si alguna vez los acaricia, es solo por breves instantes y para comunicarles el ardor de la piel de Dejanira. Amante cruel que no concede sus favores sino despues de la muerte, reclinada sobre la tumba de su víctima

y coronada con las flores que brotan de ella!

La perseverancia, pues, esa cualidad eminente que cuando se aplica al bien constituye la mas sublime de las virtudes, y que se halla siempre en los grandes caracteres, dominaba en el de don Juan y fué el escabel de su ~~extraordinaria fortuna~~ Perseveró, y el resultado mas brillante coronó sus esfuerzos: la suerte, una vez decidida, no le abandonó un solo instante.

Su manera de conducirse con todos, pobres y ricos, y el noble uso que hacia de sus riquezas, desarmaban á la envidia y le granjeaban el aprecio de cuantos le conocian.

Aunque *chapeton* (1) y millonario, no abrigaba las preocupaciones de la mayor parte de sus compatriotas, y trataba á los

[1] *Chapetones*, *Gachupines*, *Godos*, *Galle-gos*, nombre de desprecio que dábamos á los españoles antes de la revolucion, así como ellos nos llamaban *criollos*, *mestizos*, *cuarterones*, etc.

criollos tal vez con mas afabilidad y cariño que á sus propios paisanos, encontrándose siempre dispuesto á tenderles una mano y franquearles su proteccion y dinero cuando acudiesen á él.

Su carácter, en extremo bondadoso, le habia granjeado el dictado de *bueno*, palabra que en el mundo para la mayor parte de las personas, es sinónimo de *torpe*.

Pero él, *torpe* ó *serio*, sin poseer mas instrucción que la necesaria para el desempeño de sus negocios, era harto perspicaz: cualidad que ocultaba bajo un exterior no muy lisonjero en verdad, pero que estaba ámpliamente recompensado por su bondad, por la nobleza de su alma, por la rectitud de sus principios, por su honradez y lealtad.

No quiero decir con esto que fuese ridícula su figura, ni desagradable su fisonomía; al contrario, era alto, bien formado, mas bien delgado que grueso, blanco el color y tirando á pálido, aunque gozaba de perfecta salud. Su espaciosa frente,

sombreada por abundantes cabellos castaños que recién empezaban á encanecer, hacia aparecer mas pequeños sus ojos pardos, muy vivaces y espresivos; su nariz era un poco grande, si bien delgada y sin protuberancias; la boca graciosa; tersa y bien conservada la dentadura, y el resto del rostro amable y placentero.

No fumaba ni le agradaba el rapé: su único vicio era el *mate* (1); le tomaba á todas horas, como se acostumbra en la mayor parte de la América Meridional; habia adquirido este hábito en un viaje que hizo en su juventud al Paraguay que, como se sabe, es respecto de esta yerba, lo que la Habana respecto del tabaco.

Tenia una afición decidida á los caba-

(1) El *mate*, que toma su nombre de la yerba que se echa en él, es una pequeña calabaza curada al humo, con una bombilla para aspirar el agua hirviendo con que se lleva despues de echarle ademas de la yerba, azúcar; cáscara de naranja y canela. El *mate cimarron* no lleva mas que yerba sola. En las casas ricas, el *mate* y la bombilla son de plata con adornos de oro, y revisten las mas caprichosas formas.

llos y á las flores. En el espacioso palacio en que vivia, residencia de un faustoso noble que se arruinó á la manera de Buckingham, vendido en pública subasta para satisfacer á sus numerosos acreedores, y adjudicado á don Juan por las dos terceras partes de su valor, habia sido substituido al mezquino jardin que tenia cuando le compró, otro digno de un príncipe, enriqueciéndole con las mas raras y preciosas flores, plantas y árboles del reino vegetal, con fuentes, cascadas, grutas, estatuas y otros adornos que hubieron de costarle tres veces mas caros que en Europa; porque todo era preciso hacerlo venir del otro lado del Atlántico, gracias á la proteccion que dispensaba el gobierno á las bellas artes, y á la natural indolencia de nuestros queridísimos paisanos.

En cuanto á los caballas, tenia siempre en su cuadra diez ó doce de las diversas provincias, *parejeros* ó sea de carrera, y de paso para el coche y el paseo: daba la preferencia á los hermosos *pampas* de

Buenos-Ayres, á los ágiles *cebrunos* de Venezuela; á los indómitos *pangarés* del Urugüay, y sobre todo, á los briosos y arrogantes *doradillos* (1) de Chile, los mejores sin disputa del continente americano.

La afición al caballo jeneral y estrechada en los indígenas, se comunica á los europeos al poco tiempo de estar en América. Nadie que haya cruzado nuestros inmensos desiertos, y dormido alguna noche á la claridad de las estrellas, bajo un *Ombú* ó un *Copal*, habrá dejado de admirar la intelijencia de este noble animal, y cobrándole cariño. Su instinto jamás le engaña; y ay! del insensato que se empeña en pasar adelante cuando su corcel para las orejas y retrocede espantado! Ay! del que no trata de ponerse en salvo cuando estando pacienco la yerba, husmea la tierra, golpea el suelo con el casco, tien-

(1) Todos estos nombres locales se refieren al color de los caballos, y los inteligentes les atribuyen las cualidades marcadas en los adjetivos que los preceden.

de la crin, bufa y lanza en derredor miradas oblicuas y despavoridas!... Alguna ponzoñosa sierpe anda por allí cerca, algun tigre cebado (1), alguna aleve tribu de salvajes está emboscada en la selva vecina, aguardando á que los viajeros se entreguen al sueño ó se oculte la luna, para lanzarse sobre ellos....

Don Juan, que habia recorrido la América de un extremo á otro, primero como simple comisionado, y luego por su cuenta y riesgo, habituóse, sin sentirlo, á nuestras costumbres é inclinaciones, muchas de ellas puramente locales, hijas del clima, de la topografía del pais, de la manera de vivir, y de las necesidades de todo jénero que, en el defectuoso sistema de gobierno seguido por la madre patria,

(1) Cuando el tigre llega á probar carne humana se aficiona tanto á ella que no quiere la de otros animales, y se pone en acecho en los caminos, mejor diré en las sendas transitables, para asaltar á los viajeros si su número es reducido ó puede sorprender á alguno rezagado. Entonces se le llama *cebado* y se le persigue hasta esterminarle.

se hacian sentir donde quiera, apenas se salia del estrecho recinto de las ciudades.

Solo en una cosa no imitaba don Juan á los americanos; en sus vicios y necio modo de arruinarse, baraja en mano, y haciendo ostentacion de un lujo que la mayor parte no podian sostener.

Comunmente vestia con aseo y sencillez, aunque poseia un guarda ropa muy bien provisto de ricos trajes, para cuando tenia que ir á palacio, ó á casa de los aristócratas de la cuna ó del oro, entre los que él se contaba, y que entonces eran los únicos que, no entrometiéndose en la política, tenian amplias facultades para hacer lo que les daba la gana.

En sociedad era jeneralmente grave y poco expansivo; pero cuando estaba alegre, ó de chispa, como él decia, tenia ocurrencias peregrinas y era capaz de hacer reir á un muerto.

Detestaba el juego, pero por seguir las costumbres del pais en que vivia, y no pasar por avaro, jugaba siempre que no

podia evadirse, y siempre, como sucede al que la desprecia, la fortuna le favorecia. El destinaba á limosnas y á objetos piadosos las cuantiosas sumas que, á veces, le obligaban á ganar apesar suyo.

En una ocasion le forzaron á tallar. Un jóven jugador, casado y con familia, hijo de una de las primeras casas de Lima, se empeñó en desquitarse de lo que llevaba perdido. Don Juan le instó con dulzura á que no jugase mas, ó al menos á que no apuntase tan fuerte, puesto que no acertaba una carta. El jóven se ecesperó y triplicó las paradas. En media hora le ganó don Juan toda su fortuna que ascendia á medio millon de pesos fuertes.

El atolondrado jóven salió, pintada la desesperacion en el rostro, resuelto á darse un tiro.

Don Juan arrojó la baraja sobre la mesa, le alcanzó, y le hizo jurar por su honor que no atentaria contra su vida, hasta el dia siguiente.

Al otro dia, muy de mañana, se trasladó á su casa con un escribano y testigos, é hizo una donacion legalizada en forma á su mujer é hijos de los bienes que le habia ganado, con la cláusula de que por ningun título pudiese él manejarlos, y caso de morir su mujer en la minoridad de sus hijos, se reservaba el derecho de nombrarles tutor.

Este rasgo magnánimo, y otros muchos no menos recomendables, habian dado á don Juan cierta popularidad y reputacion de hombre honrado, jeneroso y caritativo, hasta en las últimas clases de la sociedad. Reputacion merecida y envidiable, pues ningun infeliz llegaba á sus puertas sin recibir algun alivio á sus necesidades.

Los que creen en los astros habrian atribuido al influjo de alguno muy benigno su pasmosa y creciente prosperidad. Como quiera que sea, ello es que todos sus negocios le salian á pedir de boca. No habia ejemplo de

que ninguno de los infinitos corsarios que en paz y en guerra acechaban sin descanso las costas del Perú, ni los ingleses ó franceses, eternos enemigos, continuamente en lucha con la metrópoli, hubiesen apresado un solo buque suyo ó consignado á su casa. Hasta en los contratos y especulaciones con el gobierno, en que muchos se arruinaban por su codicia, que no les dejaban precaverse contra las contingencias espuestas, él realizaba ganancias considerables, haciendo proposiciones mas ventajosas que nadie, con notable utilidad de los consumidores y del fisco, ó de las *cajas reales*, como entonces se decia.

Tenia varias posesiones de campo, cultivadas por esclavos, que le producian una renta pingüe: sus cosechas de añil, azúcar, café, algodón, grana, cacao y tabaco, eran siempre de las mejores: y como contaba con abundantes recursos para trasladarlas á los mercados de Améri-

ca y Europa por su propia cuenta, y esperar el tiempo oportuno para venderlas con mas lucro, alcanzaba, con menos gastos, triples utilidades que los que ne estaban en disposicion de hacer lo mismo.

Era efecto de su buena estrella que sus cosechas fuesen siempre tan productivas? No, ciertamente: él ponía los medios para ello; primero, retribuyendo con crecidos sueldos á sus administradores para que no le robasen; y segundo, no consintiendo que se vejase á sus esclavos con malos tratamientos, y estimulándolos al trabajo con recompensas dignas de su laboriosidad y buena conducta.

Al revés de tantos amos estúpidos y crueles, que solo ven en sus siervos unas máquinas de produccion, él los consideraba como seres racionales, con las mismas necesidades y sentimientos que nosotros, aunque mas groseros. Tenia prohibido que se castigase á ninguno mas de tres veces. El que no escarmentaba, era puesto en venta, y así se evitaba el mal

ejemplo y la necesidad de tener que azotarle cada día, pues al negro que sale malo, triste es decirlo, no es posible gobernarle de otro modo.

Con el fin de hacerles mas llevadera su misera condicion, concediales á cada uno un pedazo de tierra y semillas, y además del Domingo, un día libre en la semana para que lo cultivasen.

Muchos de aquellos desgraciados, al cabo de ocho ó diez años, reunian de este modo la cantidad suficiente para libertarse, (de 350 á 500 duros) y continuaban en la hacienda recibiendo el salario de un jornalero libre. A estos les profesaba don Juan un cariño particular, y se complacia en devolverles con la carta de libertad el dinero que le habian entregado, encargándoles el secreto, diciéndoles que trabajasen, que mas adelante le pagarian, y que si deseaban permanecer á su servicio, en lo que recibiria gran placer, se iria devengando su deuda del sueldo que les señalaria. No

hubo uno solo que no aceptase sus proposiciones con júbilo, y dos de ellos, en el entusiasmo de su gratitud, rasgaron la carta de libertad protestando con los ojos inundados de lágrimas, que querian vivir y morir esclavos de un amo tan bueno y jeneroso. Uno de estos fué el padre de Yuca, personaje que ocupa un lugar muy distinguido en esta historia, y con el que me atrevo á confiar simpatizarán mis lectores, apenas le conozcan.

Todos los años, por navidad, iba don Juan á recorrer sus haciendas y á inspeccionar por sí mismo el estado en que se encontraban. No esperan los judios con mas impaciencia la llegada del Mesias, que los negros el arribo de su señor.

Apenas divisaban su brioso alazan por las empinadas lomas, oíase un sordo murmullo, acompañado de exclamaciones que se iban aumentando á medida que se acercaba, como el estruendo de las olas al aprosimarnos á la ribera: Allí viene

el *taita*. (1) No es! — Si! No!: y se lanzaban en tumulto á la cumbre mas cercana para cerciorarse y seguir con la vista su cabalgadura, al través de las plantaciones, de los cerros, valles, cuevas y serrezuelas que forman el desigual y montañoso terreno del Perú.

Y era un espectáculo que arrancaria lágrimas al corazón mas insensible ver á quinientos ó seiscientos de estos infelices, salir de cuatro en fondo al encuentro de su amo, delante los hombres, y atrás las mujeres con sus hijos de la mano ó en brazos, todos contentos y felicitándose unos á otros de tan fausto suceso.

La primera cosa que hacia don Juan era reunirlos, y á presencia de todos, pedir informes al Administrador sobre los matrimonios que mejor se habian por-

(1) Voz india que significa padre: úsanla en casi toda la América del Sud, negros, mestizos y blancos, con preferencia á papá: tiénenla por mas cariñosa. En algunas partes pronuncian *Tata*.

tado en todo el año, así como sobre los varones y hembras, solteros, que por su buena conducta, laboriosidad y celo, eran dignos del precioso don de la libertad. Escribiáanse sus nombres sobre tiras de papel, y se echaban enrolladas, dentro, de tres sombreros. Llamábase á un negrito de tres ó cuatro años para que sacase una de estas cédulas de cada sombrero, y don Juan leia en alta voz el nombre de los agraciados. Un matrimonio con sus hijos, si los tenia, un hombre y una mujer solteros obtenian al punto la libertad, en medio de la bulliciosa algazara, vivas y enhorabuena de sus compañeros que olvidaban su sentimiento de no haber sido ellos los afortunados, con la esperanza de que al año siguiente la suerte se les mostraria mas henévola.

—Hijos míos, les decia don Juan enterrecido. —Seguid siendo buenos y laboriosos: un año pasa pronto. Vivid persuadidos que os aguarda un porvenir mejor. Aunque la casualidad no os favorezca,

todos los que os habeis granjeado mi aprecio sereis libres, ya cuando llegueis á una edad en que el trabajo os sea penoso, ya cuando yo me muera. Bien sabeis que, amedida que crece mi fortuna, estiendiendo á vosotros mis beneficios. Confío en Dios que ninguna desgracia imprevista me obligará á no poder hacer en obsequio vuestro todo lo que deseo. Mi anhelo no es otro que vuestro bien estar y felicidad. Confíad en la Providencia que es justa y nunca abandona al infeliz. Sí: vivid persuadidos que os aguarda un porvenir mejor.

En seguida mandaba retirar al Administrador y demas funcionarios blancos, para que los esclavos pudiesen hablar con toda libertad, y les invitaba á que depusiesen sus quejas, si las tenían, sobre el alimento, la ropa, el trato ect. Rara vez acontecia que alguno digno de crédito lo hiziese; porque su amo tenia especial cuidado de ponerlos bajo la direccion de hombres inteligentes y de

reconocida probidad: pero cuando algun empleado subalterno no correspondia á sus esperanzas, y se le justificaban las acusaciones dirigidas contra él, le despedia al punto, á presencia de los esclavos, con el desprecio que merecia, no sin echarle antes una fuerte reprimenda.

En los ocho ó diez dias que permanecia en la hacienda, cesaban los trabajos, y los negros disponian del tiempo como mejor les parecia... su amo consagraba parte de la mañana en oírlos en particular y satisfacer sus escigencias, cuando eran razonables. Uno tenia un hermano en una hacienda vecina y queria que lo comprasen para estar juntos, otro deseaba casarse y suplicaba á D. Juan que intercediese con los padres de la novia que le tenían antipatia, por haber sido enemigos en su país; este pedia que se le transmútase la ocupacion, y en vez de labrar la tierra, v. g.: trabajar en el ingenio; aquel tenia á su padre á veinte leguas y rogaba que se le concediera un plazo

de diez dias para ir á verle: y á este tenor otras mil peticiones que, con otro dueño menos tolerante y bondadoso, solo con imitirlas, hubiérales valido á los desgraciados una descarga de leña muy regular.

D. Juan escuchaba su interminable guirigay, sus enfadosos discursos y embrolladas razones con la paciencia de Job, y cuando las encontraba fundadas y el interesado lo merecia, hallaba una verdadera satisfaccion en acceder á sus ruegos.

El dia antes de marcharse mandábales distribuir cierta cantidad de dinero, proporcionada á las utilidades que la finca habia producido en aquel año. Esta suma, por pequeña que fuese, era para ellos un regalo de consideracion. Y la razon es evidente: las cosas se aprecian y vale por la falta que nos hacen: para el que nada posee, un duro equivale á 100000 en un millonario.

Hé aquí como D. Juan, obedeciendo

solo á sus hidalgos sentimientos, convertia en utilidad propia los beneficios que á manos llenas derramaba. Sus siervos, impulsados por el egoismo de su interés individual, el mas á propósito para encaminar á los hombres al fin que se desea, y llenos de gratitud por las bondades que les dispensaba, trabajaban con doble ahinco y voluntad: se estimulaban unos á otros y trataban por cuantos medios estaban á su alcance, de hacerse acreedores al premio señalado. La idea sola de que al espirar el nuevo año, acaso se romperia para siempre su cadena, volvia la alegría á su corazon, y les infundia aliento para no abandonarse á la desesperacion y á esa indiferencia estúpida en que caen los infortunados hombres de color, cuando han perdido la esperanza de salir del estado abyecto á que los tienen reducidos leyes bárbaras y funestas preocupaciones.

No es ciertamente aquí el lugar de tratar esta importante materia, eslabo-
ESTRELLA.

nada con la cuestion de las razas, la primera acaso en el porvenir de América: pero pláceme señalar á la consideracion de mis lectores europeos los hechos anteriores, para que comprendan el como y el por qué contra la costumbre general, contra lo que parece dictar la misma lógica, manifestándose don Juan tan liberal y bondadoso con sus esclavos, los productos de sus posesiones rurales le dejaban todos los años una utilidad líquida, mayor que la de los que, con tierras mas fértiles, mas extensas y mayor número de brazos, escatimaban cuanto podian, desde el sueldo del administrador hasta la escasa racion del último negro.

Oh! es preciso haber visto aquellas frentes cargadas y sombrías, aquellos miembros enflaquecidos, aquellos rostros impasibles, aquellas miradas llenas de tristeza en las que se lee el desaliento, el hastio de la vida, y la indiferencia para todo, bueno ó malo: es preciso

verlos tendidos en hilera en un espacioso campo, espiando al capataz que los acecha, látigo en mano, alzando el azadon con lentitud, dejándole caer sin fuerza, y en cuanto se descuida su Argos, quedarse inmóviles, y no bien vuelve la cabeza, recomenzar rápidamente su tarea, como máquinas tocadas por algun invisible resorte: es preciso verlos gastar todo un dia en labrar diez varas de tierra, haciendo que hacen, para formarse una idea de la nulidad completa á que se reduce espontáneamente el hombre, cuando carece de voluntad propia, de estímulos y de un móvil que le obligue á sacudir su natural inercia.

Este cuadro no es ecsagerado: siempre la codicia y el ánsia del lucro han ecsijido de sus víctimas mas de lo que la caridad y la razon aconsejan, y si para gloria y honra de la humanidad ha habido y hay almas jenerosas del temple de la del bidalgo castellano, ha habido y hay tambien otras, cuya in-

mensa mayoría profesa respecto de sus esclavos, los mismos inhumanos principios de los romanos: son cosas, no personas; abusando hasta ese extremo del poder que les dá la sancion de un derecho atroz, derecho que no existe en la naturaleza, ni es compatible con la ley de Jesucristo; y que, para escándalo de la civilizacion y vergüenza del siglo en que vivimos, impera todavía en algunas naciones, hasta en la patria de Washington y Francklin, hasta en esa tierra tan celebrada, que se nos pinta como el non plus ultra de la libertad.

Es sensible confesar que en América, la Habana y muy particularmente el Brasil, tendrán que apelar á medios muy violentos para librarse de esa plaga; y que, á seguir los acontecimientos su cáuce natural, aun por muchas jeneraciones se verán obligadas á doblar la cabeza ante la voz tremenda de la justicia, ante el anatema de la humanidad,

como dos bellísimas mujeres marcadas en la frente con un sello de infamia.

¡Ay de ambas el día que ese Occéano, contenido por un dique de arena salga de madre!

Santo Domingo, como un fanal gigantesco enmedio de las olas embravecidas, alumbra la negra página que reserva el destino á su historia....

D. Juan, como todos los hombres verdaderamente honrados, siempre despreció los medios ilícitos de hacer fortuna, aunque la costumbre los santificase. Por eso no quiso ser nunca Corregidor, en los pueblos de indios, donde se estuvo practicando por espacio de dos siglos y medio, bajo el nombre de *repartimientos* y á la sombra del gobierno, uno de los tráficos mas tiránicos y escandalosos de que existe memoria entre los hombres (1); y que no cesó sino á

(1) Advierto una vez por todas, que tanto este hecho como otros del mismo carácter que se citan en el cuerpo de esta novela, son his-

consecuencia del alzamiento jeneral de los oprimidos en 1780 y de las violencias, atrocidades y espantosas carnicerías que perpetraron.

Guiado de los mismos principios que le inhabilitaron para empuñar la vara de alcalde mayor, tampoco quiso nunca entregarse al comercio de contrabando, en el que se levantaron tan injentes capitales á la sombra del cobecho y la venalidad.

Pero así como huía de las sendas de corrupcion en las que el écsito estaba pendiente del favor, de la intriga, ó de

tóricos, rigurosamente históricos, como probaré si llega el caso, contentándome ahora con prevenir, por si puede servir de algo esta insinuacion, que he hecho un estudio muy detenido de ellos y tratádoslos estensamente en el «Ensayo histórico político sobre las Repúblicas del Rio de la Plata» que comprende los principales acontecimientos acaecidos en toda la América Española, y especialmente en las provincias que formaban el antiguo vireinato de Buenos Aires, que nuestro buen amigo D. Juan Manuel Rosas se ha empeñado en reconstruir, desde su descubrimiento hasta la revolucion (1810) que las separó para siempre del dominio de España.

manejos despreciables, lanzábase con más ardor en las que solo bastaba llegar á tiempo con aulacia y sobrados recursos, para obtener una ganancia lejitima y espléndida.

Nadie ignora que el laboréo de las minas ha sido y es uno de los medios mas fáciles de hacerse ricos, cuando el mineral se porta con decencia, y como es de esperar de un sujeto de noble prosápia y sólidos principios, que corresponde dignamente á la confianza que en él se deposita: (1) pero en esto, como en todo, sucedia y sucede amenudo que el resultado no iguala á las esperanzas. Desde remotos tiempos, los vireyes estaban autorizados para ceder á los particulares, mediante ciertas condiciones de las cua-

(1) Alude á las infinitas estafas mineras que se han hecho en América y España, y cuya culpa se ha atribuido al mineral que, como ser inorgánico, debe ser muy intrigante, muy parlanchin, muy pícaro cuando no produce lo que prometia, y engaña á sabiendas á tantos hombres cándidos que le creen bajo su palabra, infamel

les la principal era entregar el quinto del oro ó plata que se sacase á S. M. «aquellas minas que no ofreciesen, despues de ecsaminadas por los facultativos y hechos los debidos ensayos, una utilidad inmediata,»

Las tales minas, la mayor parte de las veces no valian un demonio, y se convertian en resumidero de las riquezas de los incautos, que se lanzaban á explotarlas, cegados por la fiebre mineralógica, arjentifera y aurífera, que entonces consumia á todas las clases de la sociedad indistintamente.

Después de gastar sumas inmensas y cuando al fin creian haber encontrado el anhelado *filon*, la mina empezaba á lagrimear, de tristeza quizá, y á los pocos dias se transformaba en una profunda laguna. Metamórtosis mas frecuente y verdadera que las de Ovidio, y que debiera servirles de escarmiento, si los bombres, devorados por el hambre canina del oro, fuesen capaces de escarmentar; como se ve digria-

mente en la lotería, donde para uno que saque el premio mayor, se quedan treinta ó cuarenta mil con media vara de jeta, mas larga que la trompa de un elefante; y sin embargo, á la estraccion siguiente todos vamos y jugamos, siempre con la dulcísima esperanza,

Pura, apasible, hermosa,
Como el beso que madre enamorada
Clava en su niño, al despertar del sueño: [1]

de que sea nuestro número el venturoso que salga del globo acompañado del bellissimo 1 con un 2 y 000, ó bien con el mas bellissimo, seráfico y sublime 5 con 0000.

No obstante. así como en la lotería, entre tantas víctimas, hay alguno que á espensas de ellas se encuentra sin saber como, con doce, veinticinco ó cincuenta talegas, así en las minas solia acontecer de cuando en cuando, que

(1) Romero Larrañaga. Garcilazo.

los oficiales de la Real Hacienda se equivocaban, ya involuntariamente, por aquello de que todos los juicios humanos están sujetos à errar, ya como suponen muchas lenguas, y yo no creo, porque el unto mejicano con que les refregaba los ojos jente mal intencionada, los volvía mas ciegos que á Tobías aquella cosa que le cayó en la misma parte. Entonces la mina despreciada era una verdadera ganga, y el feliz mortal que la poseía bien podía decir que le había caído la lotería, no la mezquina de España, sino la egregia y arrogante de Alemania.

Llevado por la corriente general, quiso tambien don Juan probar fortuna en este camino, y á su perseverancia primero, y á su buena estrella luego, debió salvar sus capitales y su crédito comprometidos, y realizar una ganancia que parecía fabulosa, si la frecuencia con que se ha visto no le quitase el mérito de la novedad, *condicion si ne quá non* para que una cosa

nos parezca estraordinaria y casi imposible.

En la provincia de Truxillo (1) existía abandonada en el distrito de Caxamarca una mina de plata. Yendo don Juan de paso para Lima oyó hablar de ella, y por mera curiosidad resolvió ir á verla acompañado de dos indios muy inteligentes en el ramo de minería y que le aseguraban que sus compatriotas, los blancos, se habían equivocado, que la mina aunque demandaba crecidos gastos, era riquísima, y que una vez descubierta la veta, se encontraría la plata en abundancia tal, que los resarciría ampliamente por mas cuantiosos que fuesen.

Como este era el lenguaje á la moda, y lo mismo le decían á cada paso de otras que al fin nada habían producido, las palabras de los metalúrgicos no hicieron grande impresion en el ánimo de don Juan, que siguió su camino, sin volverse

(1) Hoy departamento de la Libertad.

á acordar del tesoro que dejaba á su espalda.

A los pocos dias de estar en Lima presentáronse los dos indios, y le dijeron que despues de su partida habian sabido quien era, y habian venido hasta la capital solo para suplicarle que los recomendase al Virey, á quien deseaban ofrecer sus servicios para la explotacion de la mina referida, respondiendo ellos del buen éxito con su cabeza.

Sorprendido don Juan por tan estraña proposicion, quedose suspenso algunos instantes mirando á los dos indios, y con su admirable golpe de vista conoció al punto que no eran unos charlatanes, y que el negocio prometia.

Sin ecsijirles mas esplicaciones les contestó que tenia pensado pedir la mina y beneficiarla por su cuenta, dándoles á ellos la direccion y una parte en las utilidades.

Hizo sus proposiciones que le fueron admitidas, previo el informe correspon-

diente; buscó un sócio, y antes de un mes se empezaron los trabajos, con la actividad y prontitud que acostumbraba en todos sus negocios.

Tenia don Juan por sistema, al acometer una empresa, calcular los gastos y hacerlos de golpe si era posible para ahorrarse tiempo. El tiempo entraba por mucho en sus combinaciones. Derramaba el oro; centuplicaba el número de trabajadores; se anticipaba á los obstáculos para tenerlos medio vencidos cuando se presentasen.

Su temeridad hubo de salirle cara en esta ocasion; pasaron tres meses, seis diez, un año, y el mineral no aparecia.

Los gastos eran enormes y crecian cada dia: el sócio, que habia entrado en la empresa bajo la base de que si á los seis meses la mina no estaba en productos se retiraria, esperó otros dos por respeto á su compañero, y pasado este plazo, le manifestó que no podia seguir,

y hasta le parecia una locura empeñarse en sacar plata de aquel peñasco infecundo....

Don Juan, sin dejarle concluir, le ofreció abonarle lo que habia gastado y recojer él solo las utilidades, ó sufrir toda la pérdida.

El imbecil aceptó.

Resuelto el tenaz hidalgo à arruinarse ó à salirse con la suya, vendió algunas fincas, hipotecó otras, tomó dinero à rédito y siguió veinte y ocho meses en el mismo pie sosteniendo 3,000 operarios por dia.

Momentos hubo en que al pasar los ojos por sus libros de cuentas, sintió un frio mortal y que le temblaba la mano, al ver las enormes sumas que llevaba invertidas, y la posibilidad de hacer una quiebra estruendosa y acaso infamante.

Pero pasaba aquel vértigo y la esperanza volvía otra vez à su corazón: nunca me has engañado, decia él poniéndose la mano sobre el pecho, si, no me arrui-

naré!... Dios es justo; he hecho mucho bien; hay muchos desgraciados de quienes soy el único amparo... No, no es posible que vea desaparecer por una loca ilusion, una fortuna lealmente adquirida en quince años de laboriosidad y constancia!.....

Aumentábase su angustia, no obstante, al tener que aprontar al fin de cada semana, las cantidades necesarias para pagar à los trabajadores. Sus apuros pecuniarios empezaron à traslucirse: algun infame calumniador esparció la voz que estaba arruinado, y en un momento se vió acosado de reelamaciones que en su crítica situacion, le era fisicamente imposible atender, y por lo mismo le afectaban mas.

Sus recursos se agotaban: su crédito se hundia: su salud se deterioraba; dos meses mas, y su ruina anunciada con anticipacion se convertia en realidad.

Triste y abatido como nunca, leia

una mañana en su bufete una carta de Valparaíso en que uno de sus correspondientes, le escribía á la mayor brevedad, á vuelta de correo si era posible, una cantidad bastante crecida que tenía en su poder, cuando vió pararse á la puerta un caballo, y bajar de él, cubierto de sudor y polvo, á uno de los indios encargados de los trabajos de la mina.

Dióle el corazón un vuelco de alegría, y se precipitó á su encuentro.

—Patron, grítale el indio desde la escalera,—al fin dimos con la veta....

—Dios sea loado! contestó don Juan cruzando las manos y alzando los ojos al cielo.

—Oh! mucho se ha gastado, pero ahora será vd. cuatro veces mas rico que antes... Vea vd., vea vd., qué hermosa plata sirjen....

Desató el indio un pañuelo que traía en la mano, y sacó un trozo de plata maciza del peso de seis libras, qu

colocó sobre la mesa, diciendo:

—Hace diez dias que se descubrió el mineral, resolvimos guardar el secreto hasta ver si continuaba con la misma fuerza que al principio. Ahora que no nos queda la menor duda, os lo anunciamos. Hemos cumplido nuestras promesas: vuestra mina es la mas rica de todo el distrito, como podreis verlo por vuestros ojos en cuanto os tomeis la molestia de pasáros por allá. Ea, don Juan, recobrad la alegría, que pronto os enviadirán todos. Teneis un tesoro á vuestra disposicion.

Y así era, en efecto; y muy rico debia ser cuando produjo en seis años de beneficio los capitales invertidos en su explotación, que ascendian á cinco millones de pesos fuertes; el quinto de S. M. que montaba á dos; la cantidad ofrecida al sócio, que no bajaba de cien mil pesos; la parte correspondiente á los indios, segun lo estipulado, que se calculó en ochocientos mil; y una ganancia

liquida para don Juan de tres millones y medio: total:  ONCE MILLONES CUATROCIENTOS MIL duros. 

La cantidad es respetable, y estoy cierto que algunos de mis lectores (machos y hembras) solo dé verla trazada sobre el papel en letras mayúsculas, se pasarán la lengua por los labios relamiéndose de gusto. No obstante fueron tales las tribulaciones de don Juan, sufrió tanto con la idea de hacer bancarota y de arrastrar en su ruina á sus amigos y protejidos, que juró, si salía con felicidad del atolladero en que se veía metido, no volver á arriesgarse en semejante negocio, aunque le cediesen el cerro de Potosi, ó se encontrase el oro á flor de tierra.

El resultado extraordinario que obtuvo, cebo mas que tentador para escitar la codicia del hombre menos ambicioso, no le hizo mudar de ideas. Don Juan no era de esos hombres irreflexivos sin enerjía ni carácter, que acostumbra mudar de opinion con la fa-

cilidad y frecuencia que mudan de camisa: él no quebrantaba una resolución decidida, sino por motivos muy poderosos y que no estaba en su mano contrarrestar.

Renunció, pues, á las minas y se contentó con los pingües productos del comercio y del cultivo de sus valiosas posesiones. Su crédito y prosperidad fueron en aumento, y cuatro años antes de la época en que empieza esta historia, es decir, en 1794, y su casa y su fortuna eran la primeras del Perú.

De modo que el «Dios te dé fortuna, hijo» de su madre, y su lacónico «asi lo espero,» se cumplieron mas allá de las esperanzas de ambos: y poderoso, estimado y querido de todos, su existencia se deslizó plácida y tranquila, como las ondas del modesto arroyo que serpea por entre flores hasta perderse en el mar turbulento, como perdió don Juan su calma en el mar de la pasiones.

Cuando el seso y razon le dejó á escuras
El Dios enjerto en diablo y en pecado, (1)

Como verá el lector si tiene animo
para seguir adelante. Vale.



(1) Quevedo, Poema de las locuras de Orlanda;

CAPITULO III.

Antiguas relaciones.

Los acontecimientos mas insignificantes y estraños á nuestro individuo, suelen por alguna misteriosa casualidad, herirnos de rechazo y producir al cabo de cierto tiempo, un cambio total en nuestras ideas, haciéndonos mirar las cosas bajo distinto aspecto.

Acontecimientos que, considerados aisladamente sin la relacion que los une á los sucesos supervinientes nada valen ni significan, pero que llevan en sí el jérmen de algo que mas adelante pro-

ducirá sus frutos, como la semilla, que, antes de ser arrojada en la tierra, empapada en su jugo vivificante, y fecundada por los rayos del Sol, esconde en sus principios constitutivos, la fuerza creatriz y productora que le infundiera la voluntad divina.

Probablemente hubiera don Juan muerto soltero, pues le iba perfectamente en esa vida; y habia resuelto no casarse, por razones que explicaré en su lugar, y contaba ya cuarenta y cinco años, á no haber acaecido un desagradable incidente á cierto amigo suyo, compañero de viaje, de quien no se acordaba ya, porque no le habia vuelto á ver desde que llegaron al nuevo mundo.

Este amigo, encontrándose en una necesidad extrema, abandonado de los que se titulaban sus *amigos íntimos*, se acordó de sus antiguas relaciones, y acudió á él, como su última áncora de salvación. El cordial recibimiento que le hizo don Juan y el jeneroso empeño de

mejorar su suerte, produjo lo que el lector verá, llevándole paso á paso, en premio de su noble y jenerosa accion, hasta hacerle meter la cabeza debajo de la coyunda matrimonial.

Entre los compatriotas que se embarcaron con él en Sevilla, venia un jóven granadino á quien llamaban Enrique Flores; de gallarda presencia, y finos modales, hijo de un abogado de aquella ciudad. Al momento simpatizó con don Juan, apesar que le llevaba algunos años, y en todo el viaje vinieron hablando y echando sus planes, para cuando se encontrasen en la tierra de promision.

Desgraciadamente don Enrique era mas aficionado á ponerse la corbata, á enamorar las chicas y á divertirse, que á ahorrar y á pensar en salir de la dependencia á que su pobreza le reducía. Cumplia estrictamente con sus obligaciones, eso sí: pero gastaba alegremente cuanto ganaba, y casi siempre

andaba tronao, para valerme de una frase vulgar. Vestia como el primer elegante, frecuentaba el teatro, los paseos, tertulias y partidas; se daba los aires de un capitalista, y mientras su amigo don Juan atravesaba las nevadas cordilleras de los Andes, las montañas y abrasadas sierras del Paraguay, ó los peligrosos mares del Sud; muerto de hambre y de frio unas veces, acribillado otras por los mosquitos zancudos, piques y demas sabandijas que Dios crió allí para regalo y consuelo del hombre, espuesto á perecer no pocas, al doblar el cabo de Hornos, ó al entrar en la embocadura del Plata: escapando á uña de caballo de caer en manos de los salvajes del Chaco; salvándose por milagro de los puñales de los *gauchos malos* (1) de Córdoba y la Rioja; ó de ser devorado por los caimanes del Magdalena, los

[1] Mas adelante explicaré esta palabra.

tigres del Paraná, ó los *cimarrones* de la Banda Oriental; (1) él pasaba una vida muy regalona en el Cuzco, donde residia la casa de comercio en que estaba acomodado.

Asi pasó diez años, tan medrado como el primer dia que saltó en las playas de Lima.

Al cabo de este tiempo enamoróse de una jóven rica y muy bella, huérfana de padre y madre, que vivia con sus dos hermanos.

Eran estos disipados, libertinos, calaveras inmorales, y no querian que tomara estado para no tener que entregar á

[1] Perros salvajes que andan en numerosas cuadrillas, como los lobos. Son muy voraces y causan grandes destrozos en los ganados. Siguen el rastro de los viajeros largo tiempo, y sus ahullidos, mas lúgubres y espantosos á medida que se aproximan, en el silencio de la noche, en medio de la soledad y sombría calma del desierto, hielan la sangre en las venas, conturban el corazon del hombre mas valiente, la vez primera que los escucha.

su marido la parte de herencia que le correspondia; como muchos padres mientras pueden no dejan casar á sus hijas, por no alfojar el dote ó la lejitima materna.

No fué el vil interés quien impulsó á Enrique á solicitar su mano. Adelaida de Valdelirios era demasiado hermosa, y no necesitaba el atractivo del oro para inspirar una pasion sincera y profunda.

Los hermanos se opusieron, como era natural, y no hubo ruindad que no empleasen para hacerla desistir de su propósito.

—No seas tonta y loca, la decian, el *gachupin* (1) no te quiere á ti, sinó á tus talegas.

—Piensa el ladrón que todos son de su condicion, contestaba ella, ofendida de la torpe calumnia con que se pretendia mancillar el noble y desinteresado

(1) Ved la nota de la pagina 47

afecto que la profesaba su amante.

—Pero, chica, añadian en tono de mofa, si ese hombre no tiene un ocharo para hacer cantar á un ciego, si es un pelagatos....

—Es un hombre honrado, replicaba ella mas irritada, tiene una ocupacion que le da para vivir; y no es un haragan y un pisaverde como vosotros.

—Mira, deslenguada! respondian ellos finjiendo grande enojo, primero te hemos de ver muerta, que casada con él.

—Eso lo veremos! gritaba Adelaida, llorando de indignacion y de despecho:—hay leyes y hay abogados que me defiendan....

—Las leyes las ponemos debajo de la silla en que nos sentamos, contestaba el hermano menor que la echaba de gracioso, y nos reimos de cuantos abogados, pasados, presentes y futuros, emprendan tu defensa, gratis por supuesto. Eres menor de edad, y no puedes tener voluntad propia, mocosuela, eres muy niña todavia

para gastar casaca: aprende á gobernar una casa antes de renunciársela tus fueros de doncella; y sobre todo, no seas tan orgullosa é insolente, porque, aunque es grande nuestra paciencia, ya estamos hartos de tolerar tus caprichos y necedades, y te puede caer la lotería el día menos pensado. Estás?...

Estas escenas, cada vez mas animadas y violentas, dieron al fin el resultado que era de esperar:

Quien cierra al amor la puerta
Abre al error las ventanas. [1]

Una tarde, el hermano mayor, á consecuencia de haberla visto en la reja hablando con su amante, se propasó á darla una bofetada. Adelaida devoró sus lágrimas en silencio, nada dijo, pero tomó su resolución y dos días después abandonó su casa, y la bendición de un sacerdote la hizo esposa del hombre que amaba.

[1] Breton de los Herreros. No ganamos para sustos.

Enseguida partieron para Lima temiendo la venganza é insidias de sus hermanos.

A los catorce meses de matrimonio, Adelaida dió á luz una bellísima niña á quien bautizaron con el poético nombre de Emirene Diamantina, Flores de Valdelirios.

Era tal la delicadeza de Enrique, que se pasaron cerca de dos años sin querer hacer jestion de ningún jénero sobre los intereses de su mujer, á pesar que ella se lo suplicaba.

—Quiero enseñarles á esos infames, respondia el buen granadino, que no me be casado contigo por tu dinero: quiero enseñarles que en medio de mi humilde pobreza tengo mas dignidad, mas orgullo y desinterés que ellos en medio de su opulencia.

—Haz lo que quieras, mi Enrique, contestaba su esposa, alegrándose interiormente de su noble y desinteresado proceder.

Pero las nuevas obligaciones que pe-

saban sobre él, el deseo de embellecer la existencia de aquella mujer anjelical que apesar de estar acostumbrada á las dulzuras y comodidades del lujo, soportaba las privaciones y la miseria siempre con la sonrisa en los labios, finjiendo y tratando de persuadirle que con su amor nada echaba de menos, y sobre todo, el cariño paternal, vencieron sus escrúpulos y le decidieron á partir al Cuzco, para reclamar de sus cuñados lo que lejitimamente le pertenecia; no para él, sinó para su esposa adorada y la tierna hija de su corazon.

Mas ay! los infames, previendo este caso, habian vendido todas sus propiedades raices, ó traspasádolas á otras manos con falsas escrituras de propiedad. Trabóse un pleito escandaloso al que tuvo que renunciar Flores, convencido de que no haria mas que gastar el dinero y perder el tiempo y la paciencia inútilmente.

Era este uno de aquellos casos en que son ineficaces las leyes, y que en mi concepto justifican el duelo y hasta diria el asesinato, si arriba de la justicia incompleta y transitoria de los hombres; no ecsistiese otra eterna, inmutable, infalible!

Ciego de ira Enrique, al ver su perversidad é impudencia, pues hasta tuvieron la audacia de decirle en su propia cara, ante el juez, que le habian entregado lo que le correspondia, delante de los testigos que citaban, (talsos por supuesto) y que él lo habria derrochado como tenia de costumbre, los desafió uno á uno ó á los dos juntos si gustaban, sin acordarse que habia en el mundo dos inocentes criaturas, que no tenian mas amparo que el suyo.

Por fortuna, aquellos dos desnaturalizados hermanos, tan audaces para propalar calumnias y tan valientes en el terreno de la farsa, carecian del valor moral ne-

cesario para ponerse, aunque sea temblando, con una pistola ó una espada en la mano delante de otro hombre.

Los egoistas y los perversos casi siempre son cobardes. El que ama la vida solo por los goces que ella le proporciona, rara vez se espone á perderla: el mas allá de la tumba le aterra. Solo el justo mira la muerte con indiferencia.

Volvióse Enrique á Lima, traspasada el alma de dolor; no dijo á su mujer mas que una parte de la verdad por no aflijirla: ella adivinó el resto; pero en vez de darse por entendida, se manifestó muy contenta de las esperanzas que él aparentaba abrigar.

Así estos dos buenos esposos trataban de engañarse mutuamente, y de hacerse mas llevaderas sus penas, ahogando estériles lamentos y convirtiéndolos en una sonrisa de alegría.

A la verdad, su situacion era altamente dramática: la esposa engañando

ya marido fingiendo creerle, y el marido engañando á la esposa, fingiendo hechos que no ecsistian, y tratando de alentar en su pecho una esperanza que ya se habia apagado en el suyo.

Doblemente dramática sise considera que ambos eran felices, al pensar que su artificio ocasionaria algunos instantes de satisfaccion al otro: si se considera que ambos, al devorar su pena, se lisonjeaban con la idea de que el otro ignoraba su estension: si se considera, en fin, que los dos vertian lágrimas en secreto, y que cada uno se afligia por sí y por el otro á quien suponía ignorante de su infortunio y víctima de su engaño.

La providencia vela por los desgraciados: falleció el administrador de una de las haciendas, situada á media legua de la ciudad de Trujillo, perteneciente á la casa de comercio en que estaba colocado Enrique, y como habia traído muy buenas recomendacio-

nes de sus patrones del Cuzco, y granjeándose el aprecio de los de Lima, fué elegido para sucederle. Al mismo tiempo recibió cartas de España de una hermana, la única que tenía, en la que le notificaba que su padre había muerto, y que cumpliendo sus instrucciones había vendido la casa y el lagar que poseían en Granada, remitiéndole su importe en letras adjuntas, valor de 9000 duros, reservándose únicamente 1000: que sin tardanza emprendiese algun negocio lucrativo con aquel dinero: que ella quedaba en casa de su tío, y si él era gustoso y no pensaba volver á España, se trasladaría á América apenas recibiese su respuesta.

Contestóle Enrique, dándole las mas espresivas gracias por su recomendable proceder y suplicándola que viniese, por que descaba verla despues de tantos años, abrazarla, y llorar un rato con ella la pérdida de su buen padre.

La hermana no se hizo esperar mucho tiempo, trasladose á Cadiz no bien recibió la carta: embarcóse en el primer buque que se presentó, y una hermosa mañana del mes de Abril se le apareció, cual duende caído de las nubes.

Tocante al empleo del dinero, Enrique le puso en manos de sus superiores para que le diesen giro: él era incapaz, fuera del manejo de los libros no servia para el comercio. Separó únicamente 1000 duros, que destinó á mejorar su menaje y en proporcionar algunas diversiones á su esposa.

Su posición bastante precaria hasta entonces mejoró dia por dia. Con sus sueldos de Administrador, que ascendían á doscientos pesos mensuales, tenía para vivir con holgura y lujo, sin necesidad de tocar al capital ni á los productos del dinero enviado por su hermana; estaban á un paso de la ciudad, y gozaban todas sus ventajas unidas ó leas del campo.

Adelaida era feliz, feliz era Flores: tan felices como es posible serlo en este miserable globo sublunar. Los dos se amaban con delirio: se contentaban con una decente medianía; su mútuo cariño y las caricias de su querida hija colmaban todas sus aspiraciones. Nunca écsistió union mas bien hecha. caracteres mas idénticos, jenios mas acordes y simpáticos.

Eran demaciado felices para que su ventura pudiese durar mucho:

Es ley que con pena el hombre
Su pan coseche en la tierra,
«Ni brota el bien que ella encierra
Sin lágrimas de espiacion» (1)

Por eso su dicha debía disiparse, como el último rayo de un sol de verano en el confin de una mar tranquila; ó como la postrera nota de una harmonia deliciosa, que por ser la ultima nos parece acaso la mas bella.

(1) Rivera-Yndarte- Canto á Mayo.

Cuatro años habian trascurrido desde el nacimiento de Emirene, cuando Adelaida volvió á sentirse embarazada. Su primer parto habia sido muy laborioso; y un funesto presagio se apoderó de su alma. En vano su amante esposo redobló su cariño y atenciones para desvanecerlo: sus fatales presentimientos se cumplieron. Espiró en sus brazos, á los pocos momentos de haber dado á luz un hermoso niño, que nació muerto. Su última plegaria, su último pensamiento fué para su hija, y para bendecir la felicidad que debia á su padre.

—No flores, le decia, nos volveremos á ver en el cielo..., cuida de nuestra Emirene... vive para ella.... Ah! traémela, quiero verla y darle mi bendicion antes de morir.....

La hermana de Enrique se apresuró á cumplir su deseo, y no bien hubo la enferma besado á su hija, que lloraba por instinto sin saber el tesoro que perdía, se abrazó fuertemente al

cuello de su esposo, estampó con avidez sus labios en los suyos, dejó caer lentamente la cabeza sobre su hombro, y echó el postrimer suspiro.....

Nada puede dar una idea del dolor y de la desesperacion de Enrique: en el primer momento quiso suicidarse; su hermana y el médico le arrebataron las pistolas de las manos; presentáronle á su hija, y la razon volvió á su mente estraviada.

Pasó toda la noche llorando, apoyado en el lecho de su esposa, cojida entre las suyas su mano inerte y fria y regándola con sus lágrimas.

El dolor rompió uno á uno en aquella noche fatal, todos los eslabones de la dilatada cadena de su felicidad. Allí, ante aquel cadáver helado, en el que la muerte no habia estampado aun su sello destructor, y que parecia dormir, desvaneciéronse cuantas risueñas esperanzas embellecieran su existencia.

Flor caída del cielo, ella habia sido pa-

ra él tierna esposa, apasionada amante, fiel y rendida amiga, que no tuvo mas ambicion ni anhelo, que endulzar las horas de su vida compartiendo sin murmurar, con anjélica resignacion, sus penas y alegrías. Jamás se escapó una queja de sus labios ni se mostró abatida por la desgracia. Ocultábase para llorar, y de su boca no salian mas que palabras de esperanza y de consuelo. En cuanto conocia que algun negro pensamiento preocupaba á su esposo, trataba de disiparlo, hablándole de lo que sabia le era grato. De su familia, de sus amigos de España, de su hija, de los primeros tiempos de sus amores, de lo que podian razonablemente esperar del porvenir, y de la justicia divina que provee al sustento del mas humilde insecto, y no desampara á los que confían en su bondad. Enrique se sonreia: tendíale la mano; su frente se despojaba, y en el fondo de su corazon daba gracias á la providencia por haber-

le deparado aquel ànjel, como un farol resplandeciente que le guiase à puerto de salvacion, en medio del borascoso mar de su misera ecsistencia.

Al perderla, comprendió lo que valia, porque tal es nuestra condicion. Por mas que apreciemos una cosa, nunca nos es tan cara como cuando nos vemos privados de ella para siempre. El cariño de un padre, el amor de una esposa, el afecto de un sincero amigo aparecen entonces en su verdadera grandeza. El dolor y la misma necesidad de tener que renunciar á ellos, nos sublevan contra la tiranía del destino, y esclamamos involuntariamente: Y mi padre tan bueno, tan cariñoso, tan indulgente conmigo; y mi adorada esposa tan bella, tan jóven, tan bondadosa, y mi amigo tan leal y afectuoso, han de desaparecer para siempre de mi lado! y no nos hemos de volver á ver! y nunca, nunca tornarán á lucir los felices dias que indiferente

pasaba junto á ellos, sin pensar que llegaria un instante en que la muerte interpondria entre nosotros una barrera insuperable....

Entonces lloramos, y el alma quisiera escaparse por los ojos convertida en llanto: entonces necesitamos creer en Dios y en las promesas de otra vida. Entonces recordamos, sin mezela de mundanos sentimientos, sus buenas cualidades, los beneficios que les debemos, la benevolencia y afecto que nos profesaban. La idea de la muerte hunde en la tumba lo que pertenecia á la imperfeccion humana, y solo queda la parte mas pura y santa de su ser: el laso misterioso que ligaba nuestra personalidad á la suya. Recuerdos, afecciones, simpatias, gratitud, remordimiento acaso de no haber correspondido dignamente á lo que hicieron por nosotros.

Entonces nos desesperamos inutilmente y quisiéramos que volviesen á la vida para retribuirles sus sacrificios con

otros mayores: sentimos el mal que voluntaria ó involuntariamente les hemos causado, y deseáramos espiarlo á fuerza de atenciones y reiteradas pruebas de cariño. Entonces daríamos con gusto nuestra existencia por la suya, y ya lo he dicho, el alma se escaparía por los ojos convertida en llanto si pudiera.

Pero ay! nunca el dolor pudo resucitar á los muertos, como dice un ilustre poeta inglés, y si pudiese, la esperanza no nos dejaría llorar, así pues, debemos llorar por que lloramos en vano.»

Tampoco el dolor mata instantáneamente: si así fuese, Enrique habría muerto aquella noche abrazado del cadáver de su esposa.

El tiempo, único bálsamo para cicatrizar ciertas heridas, fué mitigando poco á poco su quebranto: dispóse este y quedóle en su lugar un recuerdo sublime, oculto entre los pliegues mas

recónditos del alma; una dulce y vaga melancolía que se identificaba con todos sus pensamientos é impresiones de cada dia.

Su hija ocupó el vacío de su corazón; mas hermosa que la que la dió el ser, tenia gravado en su fisonomía sus principales rasgos. En sus horas de tristeza, sentábala en sus rodillas, y la hablaba de Adelaida. Sus gracias é infantiles agasajos mitigaban su angustia, aunque algunas veces se inundaban de lágrimas sus ojos, al contemplar en la ávida y acariciadora mirada de la niña, la misma espresion de voluptuosidad y orgullo, el mismo prestigio fascinador que tenían las de su malograda madre.

Rara vez los males vienen solos, al año siguiente á la muerte de esta, quebró la casa de que era empleado, y perdió su capital y ganancias, y su destino además.

Logró acomodarse, y pasó diez años en Trujillo vejetando, hasta que se le

proporcionó un buen acomodo en Lima: el cargo de cajero en unas de las primeras casas de comercio de aquella populosa y floreciente ciudad, la primera de Sud-América entonces.

Pero alguna fatalidad le perseguía: á los dos meses de estar acomodado, sucedióle, no sé como, que se le estraviaron el mismo día de su vencimiento, unas letras valor de 12000 duros: y cuando fué á prevenir que las detuviesen, caso que las presentasen, se encontró con que ya hacia tres horas que habian sido satisfechas.

La suma era respetable, y entre justificar que realmente se le habian perdido, y pasar por ladrón ó pagartas, no cabia alternativa. Felizmente nadie lo sabia. Enrique abrigó por un momento la esperanza de conseguir, por medio de préstamos parciales antes de las cuatro de la tarde del día siguiente, hora en que debía entregar el dinero, acudiendo á sus amigos, la suma necesaria

para librarse del grave compromiso que pesaba sobre su honor.

Los amigos?... Bah?... Buenos médicos para el bolsillo cuando se vé acometido súbitamente de algun ataque esperlático con ínfulas de trueno!.... sabéis lo que os recetan? un escrúpulo de nones, dos onzas de jarabe de pico y un sinapismo de Dios guarde á Vd, muchos años. Siguen el método homeopático: *Similia similibus curantur* Careceis de dinero y acudis al de ellos?... Desatino!... No veis que para curaros radicalmente es presiso que perdais hasta la esperanza de que os lo ofrescan, siquiera por política? No veis que la gana de comer se quita con el hambre, la escasez con la miseria, y un ligero escozor, con una irritacion general que os eche á la sepultura en veinte y cuatro horas? No veis que al que está suspenso de una cuerda, lo mejor es tirarle de los pies para que no esté quieto y no patalée tanto, ni haga contorsiones y visajes, que sinó causan

lástima siempre desfiguran el rostro, y la caridad bien entendida manda socorrer al prójimo? No véis que no dar nada al que nada tiene, es el bello ideal del referido método, porque, *similia similibus curantur*?... Léed al padre de la Homeopatía, Hanneman, y á Sckleider, y á Wohlfahrt y á Wolfsohn, y á Knorre, y Krømer, y á Elwert, y á Fielitz y á otros mil, todos ho-meo-patas distinguidos, cuyos nombres imitan ó se acercan al relincho de los caballos, al gruñido de los cerdos, al ahullar de los lobos y al mahullido de los gatos, y hallareis confirmadas las verdades que acabo de es-poner.

Los amigos de Enrique, ardientes partidarios del sistema de las *dosis infinitesimales*, se informaban muy despacio para no errar en su diagnóstico, se con-ducían del fracaso; prodigaban las frases de costumbre: vaya un desastre! quien lo diría! si cuando uno menos piensa... cal re-signacion, lo que no tiene remedio... ect.

ect. pero todos se alzaban de hombros en cuanto oían que se trataba de aslojar trescientos ó quinientos patacones (duros) por vía de préstamo, cuyo reintegro tenía las mismas probabilidades de verificarse que los sacativos voluntarios que hace diariamente el gobierno; (1) y con palabras muy urbanas y jestos de intensa pena le insinuaban que las circunstancias críticas en que se encontraban, no les per-

(1) Siempre que se hable en general en cualquiera alusion política, entiéndase de los gobiernos de América y de ninguna manera del de España: oh! pues no faltaba mas! cuando se ha visto que un extranjero se meta en lo que no le vá ni le viene?... Protesto de antemano contra cualquiera interpretacion torcida que se dé á mis palabras. Aunque nacido en una república, y que República! yo soy hombre muy pacífico y moderado.... siempre que puedan *ecsaltarse* conmigo, y enviarme á tomar aires por esos mundos de Dios, ó lo que es peor, emprenderla con mi bolsillo, por haber infringido el artículo [no lo recuerdo] de la ley (que tampoco recuerdo) como si el dinero tuviese nada que ver con los desatinos que concibe la cabeza y estampa la mano. Bromas pesadas y groseras, que indignan, irritan espeluznan, azoran, horripilan y causan náuseas á cualquiera que tiene... horror al vacío.... de sus faltriqueras.

mitian servirle, como desearan con todas las veras de su corazon, añadiendo para mayor consuelo de tripas:

—Vd. sabe que se le quiere y aprecia: en otra cualquier cosa puede vd. ocuparme, con la plena confianza de que será atendido en el acto.

Lo que me trae á la memoria la costumbre de cierto acaudalado comerciante gallego, residente en *Paysandú*, (1) que lo primero que dice á sus recomendados y á los que conoce van á pedirle algun favor, es: para aburrir tiempo y acurtar razones, preven- gu á vd. que non siendu diñeiru nin cosa que lu valga, poede vd. ucuparme en lu que justáre. (gustare.)

Alguno mas caritativo ó truhan, le citó á varios que se hallaban en el caso de servirle, y entre estos nombró á don Juan de Serelar, escelente sujeto,

(1) Villa, cabeza de Departamento en la Rep. del Uruguay.

muy bondadoso y amigo de hacer obras de caridad.

Ir á su casa era lo de menos, pero la dificultad consistia en que Flores no le habia vuelto á ver desde que desembarcaron. La vez primera que estuvo en Lima, porque se hallaba en Venezuela, y la presente, porque se figuró que, á pesar de cuanto oia decir acerca de su bondad, las riquezas le habrian infatuado, y no queria que se figurase iba á pedirle algun favor. Tal vez el amor propio entraba por mucho en estos cálculos; pues la prosperidad de don Juan era un reproche de su conducta desprendida é imprevisora.

Ante el despotismo de la necesidad todo calla: el que se encuentra con un dogal al cuello, se agarra hasta de una navaja de afeitar para salvarse. Enrique, venciendo su repugnancia, resolvióse á ir á ver á su antiguo amigo, como su última esperanza, y si esta tam-

bien le fallaba, si él no le tendia una mano salvadora, poner término à sus males y rehabilitar su honor mancillado, levantándose la tapa de los sesos.

El remedio era peor que la enfermedad: pero hay casos en que un hombre honrado, presa de la desesperacion, no vacila entre la infamia y la muerte.

Latiéndole el corazon, llegó á casa de don Juan, que casualmente estaba solo en su despacho; hizose anunciar, y permaneció en la pieza inmediata aguardando la respuesta.

—Donde está?... que pase adelante? gritó don Juan dejando de escribir y saliendo á su encuentro.

—Flores!!!

—Serelar!!!

Esclamaron los dos á un tiempo, abrazándose con efusion.

—Qué viejo estás, hombre! añadió el hidalgo, fijándose en el semblante demudado y en la cabeza enteramente cana de su amigo.

—Si vd. supiera... respondió él mas confundido por tan inesperado recibimiento, y temeroso de que mudase de tono, al saber el objeto de su visita.

—Qué vd. ni qué berenjenas! repuso don Juan, interrumpiéndole con viveza; tu por tu, Enrique, si quieres que seamos amigos. Veinte y cuatro años han transcurrido, pero este no ha mudado, añadió, poniéndose la mano sobre el corazon. Te acuerdas de las noches de luna que pasábamos en la cubierta del Gaditano, acurrucados en un rincon de la proa, envueltos en nuestras raidas capas y forjando castillo en el aire, al zumbido de los cables y de las velas ajitadas por los vientos del Norte, al estruendo de las olas que chocaban contra los costados de la nave y nos salpicaban de cuando en cuando?...

Las lágrimas humedecian los ojos del buen hidalgo, y era tan afectuosa su sonrisa, tan veraz y espresivo su acento;

apretaba con tal fuerza la mano de Enrique, que este hubo de deponer sus injustas prevenciones, y se abandonó á la expansiva alegría que él le comunicaba.

Contóle en pocas palabras su azarosa y novelesca historia; hízole una rápida reseña de las infinitas penalidades por que habia pasado, pintóle con enérgica vehemencia el hado adverso que le perseguia, y últimamente, acabó por manifestarle el compromiso en que se veia y su resolucion decidida de darse un tiro, si le faltaba su última esperanza.

—Estás loco? exclamó don Juan levantándose del sofá donde se habian sentado, y tocando la campanilla; pues no faltaba mas!...

Un dependiente se presentó.

—Diga vd. al señor Rodriguez que venga al instante; está en los almacenes, añadió el patron, frotándose las manos con visibles señales de alegría, y volviéndose á Flores que esperaba con

silenciosa ansiedad una respuesta categórica, díjole sonriendo:

—Enrique, eso no vale nada... quisiera que fuese cien veces mas, para que probases hasta donde llega el aprecio y cariño que te profeso.

Su amigo le tomó la mano y se la apretó fuertemente sin poder hablar, inundados los ojos de lágrimas.

—Si algun dia puedes, y no te hace falta, y yo me veo reducido á la pobreza, me devolverás el úinero que te presto, repuso don Juan con intencion, deseando no humillarle y tener que sostener un acalorado debate para hacérle aceptar diréctamente, como lo que era en realidad, una limosna; cuando por medios indirectos y sin mortificar su amor propio, podia conseguir el mismo resultado: es decir, despues que hubiese Enrique dispuesto del dinero, persuadirle que él, don Juan, no habia hecho mas que pagar una deuda de amistad; y que no pensase en pagarle,

porque era demasiado rico para necesitar tan insignificante cantidad.

La presencia de Rodriguez, que era el cajero, evitó el entrar en mas discusiones. Dióle Serelar la órden de que pusiese á disposicion de Flores, en la forma y plazo que tuviese á bien, la suma espresada antes.

El cajero hizo una reverencia y desapareció.

Siguieron hablando los dos amigos largo rato, recordando los felices tiempos de su juventud y los episodios mas notables de su ecsistencia. Y despues de haber satisfecho su mútua curiosidad, don Juan propuso á Enrique, si queria venirse á vivir á su lado, desempeñando el destino del sujeto que acababa de marcharse.

Escusóse Flores diciendo que, aunque recibiria en ello gran merced y satisfaccion, no le gustaba perjudicar á nadie; y que si estaba contento de la actividad y celo de Rodríguez, no le

parecia justo despedirle para ocuparle á él, que por su edad y sus achaques, no podria acaso susbtituirle dignamente.

—Es en efecto, un apreciable sujeto, contestó don Juan, pero ha mucho tiempo que me está importunando para que le envíe á Sevilla donde tiene su familia, interesándole en los cargamentos de frutos coloniales, que envió todos los años á aquel punto. Con que, vamos, resuélvete, que yo me encargo de arreglar el asunto á satisfaccion de ambos.

¿Cómo negarse á los ruegos de un amigo tan noble y verdadero amigo? ¿Cómo resistirse al deseo de complacerle, pagándole de algun modo sus beneficios? Enrique aceptó, y al cabo de quince dias se trasladó con su hija y su hermana al palacio de la calle de San Cárlos, y empezó á desempeñar sus nuevas funciones, mientras su antecesor, loco de alegría, con un valioso car-

gamento de cacao, añil y cochinilla, zarpaba del Pacífico con direccion á las bellas riveras que besa el Guadalquivir.

¿Y qué relacion tiene todo esto, preguntará acaso el lector, con la historia de don Juan y el jerundiano esórdio que precede á este capítulo? Casi nada, una friolera: la hija de Flores no era mujer, sinó una sirena, una diosa, y verla y enamorarse locamente de ella el hidalgo, todo fué uno. Perdió su calma, su alegría, y la felicidad que hasta entonces gozára. Ah! mujeres! mujeres! ¡que siempre habeis de causar la ruina y la desgracia del hombre!... Por una mujer el padre universal de los humanos, desobedeció al Señor, y un Querubin armado de una espada de fuego, le arrojó del Parayso; por una mujer el sábio rey David hizo perecer alevosamente á su mejor capitan; por una mujer, ó mejor diré, por tres mujeres, el gran Júpiter se convirtió

en toro, en ganso y en lluvia de oro, (1) por una mujer Hércules tuvo que apelar á la hoguera, (buen remedio!) para librarse del ardor de la piel que la aleve le regalára; por una mujer se armó la Europa contra el Asia y ardió Troya, por una mujer sacrificó la vida y el imperio del mundo Marco Antonio, por una mujer espiró la libertad española en Guadalete, y Rodrigo,

(1) Como todo varia en el transeurso de los años, hoy los hombres, en vez de convertirse por su gusto como el padre de los Dioses, son convertidos contra su voluntad en las dos especies mencionadas, y en cuanto á la lluvia aurífera, tambien suele rociar su frente, cuando esta tiene la fortaleza necesaria para soportar su peso. El modo como estos tres fenómenos se realizan es un arcano impenetrable para una parte de la humanidad: su causa eficiente é inmediata nos es absolutamente desconocida; solo conocemos algunos de sus efectos. Las personas iniciadas en esos misterios, que podrian arrojar una viva luz sobre ellos, y tal vez levantar el denso velo que los encubre, se abstienen de hacerlo, porque no les conviene; y gracias á su egoismo, vergüenza da de cirlo! nada, nada sabemos en un punto tan importante. Y que esto pase en el siglo XIX y que la Europa lo tolere!!!....

El sucesor indigno de Alarico
Llevó tras sí la maldición eterna. (1)

y por ocho siglos la media luna brilló victoriosa en el fértil suelo de la Iberia; por una mujer Abelardo se vió, (¡mala broma!) reducido á la mínima espresion; por una mujer el sublime cantor de la Gerusalén fué sepultado en un calabozo, aberrojado, tratado como un loco, proscripto y perseguido; por una mujer se suicidó Larrá; por una muger... basta! que estaria citando ejemplos hasta el juicio final antes que se agotase tan inagotable materia: basta! y si es lícito comparar las pequeñas con las grandes cosas, concluiré diciendo, que por una mujer se dán de cachetes, de palos y de estocadas todos los dias, á guisa de paladines de la edad media, los necios que se figuran que ellos son los preferidos, y que el otro es un moscardón ó

(1) Quintana.—Pelayo.

un importuno, á quien la señora de sus pensamientos desprecia altamente.

Ah mujeres! mujeres!! mujeres!!!...

Pluguiera á Dios que se hallara
Medio con que conservar
La naturaleza humana,
Sin haberos menester (1)

A fin de declararos *cesantes* por toda una eternidad!

Os reis?... teneis razon, voto al chápiro verde! porque, qué seria de esta miserable vida sin vosotras? Como nos entenderiamos para lavar, planchar, coser, criar los pequeñuelos, y pasar el tiempo tan agradablemente como lo pasamos á vuestro lado, cuando os place mostraros mas risueñas que de costumbre? No daria mas castigo á los maldicientes que os critican, y despedazan, y finjen abominaros, sabe Dios por qué, no les daria mas castigo, que re-

(1) Tirso de Molina. La venganza de Tamar.

legarlos á alguna isla desierta por un par de años, para que allí, en la soledad, aislamiento y fastidio, comprendiesen todo lo que valeis.

Porque el corazon humano
Como Dios, incomprensible,
Solo en desgracia terrible
O desesperado afan,
Comprende, aprecia y valora
El que perdió, bien precioso,
Y á él se vuelve presuroso
Como el acero al iman.



CAPITULO IV.

La Estrella del Sud.

Era Emirene una hermosa niña,

De tez purísima y fresca
Que puesta á distintas luces
Puede ser blanca ó morena; (1)

de cabellos negros como el ébano,
que caian en perfumados rizos sobre su
espalda alabastrina; de grandes y rasgados
ojos de azabache, cuyas pequeñas pupilas

(1) Zorrilla Margarita la Tornera.

brillaban como dos chispas eléctricas, y ejercían una magnetica influencia cuando fijaba en alguno su mirada altanera y al par voluptuosa y acariciadora: ojos divinos, sombreados por largas pestañas que les daban una espresion de dulzura angelical; su tersa y despejada frente tenía un aire de inteligencia y bondad, en perfecta harmonia con su preciosa nariz, los sonrosados labios de su boca en miniatura, y los graciosos hoyuelos de sus mejillas: sus manos y sus pies parecían hechos à torno: dudo que fuesen mas pequeños y acabados los de la mejor estatua griega: una sílfide envidiaría su cintura y una reina la majestad y arrogancia de su porte; estando realzadas estas dotes por aquella gracia inimitable que nace con la persona, y que ni la educacion ni el arte pueden suplir.

La belleza de Emirene, como todas las cosas de un mérito intrínseco y orijinal tenía su caracter propio, pertenecía á un

jénero especial: por eso causaba desde la vez primera tanta impresion á los que la veían. Predominaba en ella á la vez el idealismo del Norte, la hermosura de su pais, y el tipo árabe mezclado con el español, tipo que no se encuentra sino en Andalucia y en sus bellas descendientes del otro lado del Océano.

A la belleza física que fascina y seduce, reunia Emirene esa auréola de juventud, pureza é inocencia, que no siempre corona una frente virjinal:

«Rosa de amor, dentro de si embebida
«Con su candor y perfumada esencia;» (1)

las inflecciones de su voz argentina y melodiosa penetraban dulcemente en el alma, vibrando como una música celestial. Reflejábanse en su semblante, con la velocidad del rayo, sus menores impresiones. Leíanse en sus ojos alternativa-

(1) Martinez de Aguilar. Laida.

mente el deseo, la ternura, la piedad, la ira, el despecho, la impaciencia ó la indignacion; al mismo tiempo que se coloreaban, palidecian, ó dilataba una sonrisa irresistible sus mejillas de clavel. Sabia mandar sin desplegar los labios, y conseguir lo que queria con una palabra afectuosa ó una mirada de cariño.

Al formarla quiso sin duda la naturaleza hacer una obra perfecta, añadiendo á sus gracias corporales, para realzar mas sus hechizos, una inteligencia privilegiada, una sensibilidad esquisita, una imaginacion de fuego, y un corazon noble, tierno y jeneroso.

Nada me quedará que añadir si recuerdo que, en todos tiempos, las mujeres hermosas de Lima, han tenido fama de ser lo que realmente son; encantadoras, divinas: y que Emirene, al aparecer por vez primera en la sociedad, despues de su matrimonio, fué proclamada «La Estrella del Sud,» que-

riendo significar con el nombre de la mas bella y magnífica constelacion de nuestro cielo, su préeminencia sobre todas las bellezas de su tiempo.

El célebre fisonomista Lavater, cuyo sistema sirvió de fundamento á Gall para establecer el suyo, opina que la verdadera belleza física es inseparable de la belleza del alma.

Ya un poeta español habia dicho antes, á propósito de la hermosura de la fisonomía:

Señal que es bella el alma que está en ella,
Que el huésped bello habita en casa bella; [1]
y aunque otro vate moderno, con el chiste y oportunidad que le distinguen, afirma que

...no siempre es verdad
Que el rostro retrate al alma,
Como enseña aquel refran;
Pues muchas veces tambien,
En perpétuo carnaval
Con la careta de un ángel
Se disfraza Satanás: (2)

[1] Tirso de Molina, La venganza de Tamár
[2] Breton. Qué hombre tan amable!
ESTRELLA.

las ratas, tiene mas astucia que una zorra y mas paciencia que un carnero. Condiciones indispensables para obtener los mas pasmosos resultados en toda investigacion, cuyo objeto principal se dirige á profundizar alguna materia, siguiendo el método cartesiano ó sintético, es decir, marchando siempre de lo conocido á lo desconocido.

Hablando sobre las flores, admirando los preciosidades que contenia el jardín, recayó la conversacion sobre la afición de Emirene á las violetas; y el castellano, que estaba de chispa, aprovechó la coyuntura para hacer un elogio de esta flor humilde, símbolo de la modestia, que parece ocultarse ruborosa entre sus hojas,

.....cual Virjen amorosa
En el seno materno, palpitante,
Hante su rostro tímido, ánhelante,
Que embellece suavísimo pudor. (1)

(1) Bermudez de Castro. A la noche.

La señora doña Manuela citó á propósito, una preciosa octava del príncipe de los poetas lusitanos, en la que se halla este endecasílabo,

«As violas da cor dos amadores.» (2)

deplorando que tan hermoso verso fuese una imitacion de Ovidio; y á renglón seguido, emprendió una disertacion patológica sobre el influjo de los perfumes en el organismo animal; pero por tercera vez tuvo que callarse, viendo que don Juan, en vez de escucharla, seguia hablando con su sobrina.

La afición de Emirene era en verdad bien estraña, pues ella de todo tenia menos de modesta, aunque ocultaba su vanidad para tener el gusto de ser alabada dos veces; (asi califica Laroche-foucauld la modestia;) y solo se espli-

(2) Camoens—Os Lusíades—canto IX.

ca por esa inclinacion que solemos abrigar á lo que nos es mas opuesto, ó á las cualidades de que carecemos. Asi se ven hombres de pequeña estatura aficionadas á mujeres, que podrian servir de granaderas, en caso de necesidad, y llevarlos en brazos como nodrizas: gordos partidarios de las flacas, y viceversa: viejos gastados y cadavéricos, amigos de bailes, bromas y francachelas: literatos profundos, escritores de mérito, condenándose voluntariamente á la obscuridad y al ocio: necios de todo calibre, ansiosos de parecer ingeniosos; animales en dos pies, empeñados contra viento y marea en pasar por estadistas, oradores, periodistas, poetas, críticos, pintores y músicos: asesinos y ladrones que se comprometen á estafar ó á dar de puñaladas á alguno bajo su palabra de honor: jentes sin un maravedí echándola de ricos: ricos haciéndose pobres y llorando miserias: usureros sin conciencia, frecuentando las

iglesias y confesándose todos los meses: coquetas, que caen en la mania de ser constantes: matrimonios sin hijos, enviando la felicidad de los que los tienen: padres, sobrecargados de factura propia y ajena, renegando de su estrella etc. etc.

Aquel dia con diferentes pretextos, subió don Juan cinco ó seis veces á las habitaciones del ex-cajero, donde se habian instalado sus nuevas amigas. Sentose al bufete, y por la vez primera de su vida, abrió los libros de partida doble con repugnancia. Leia una página y á los pocos renglones tenia que volver á empezar: queria escribir, y las ideas rebeldes no acudian á satisfacer su deseo. Su imaginacion estaba en otra parte. Veia á Emirene con su vestido blanco y su cabellera de ébano, que caia en flotantes rizos sobre su espalda, corriendo tras las mariposas del jardin, sonriéndose é inclinándose para cojer las flores que él la ofre-

cia: escuchaba su voz armónica, y le parecía sentir aun en su brazo la suave impresion del suyo.

....Era aquello amor?... Difícil seria negarlo, y muy fácil probar con hechos incontestables, á despecho de los que afirman lo contrario, que siendo este afecto una modificacion del alma, puede desenvolverse en pocas horas, é impresionarla hasta el extremo de producir una revolucion súbita en las ideas y sentimientos del individuo.

No es lo comun que así suceda; pero suele suceder, y sucede diariamente en escala menor, y en impresiones de diverso jénero. Quien, al ver un objeto cualquiera que le preocupe fuertemente el ánimo, no ha sentido una sensacion de dolor ó placer, mas ó menos intensa que ha impreso su imagen en su mente con tal fuerza, que á cada minuto la memoria se la recordaba contra su voluntad?...

La prudencia aconseja en casos ta-

les, no aumentar la impresion recibida con otras sobreescitaciones voluntarias, y combatir al enemigo huyendo de él, como los Parthos: pero don Juan, que sabia ganar millones, no entendia una palabra de ideología ni de historia, y tal vez por no tener presentes estas dos circunstancias, las sobreescitaciones y los salvajes llamados Partos, siguió por instinto buscando las ocaciones de hacer mas profunda y ancha la herida, que habian abierto en su pecho los hechiceros ojos de la encantadora limeña.

Todas las tardes, á pretesto de jugar una partida de ajedrez, bajaba á sus habitaciones y no salia hasta las once. Pasaba la tarde en hacerla cantar, en ver sus dibujos, en oirla leer sus traducciones, y en otras simplezas por el estilo. Luego, cuando caia la noche, empezaba la partida, ó mejor diré, las partidas; y aunque Emirene era de una fuerza muy mediana y su

adversario un excelente jugador, ganaba ella todos los juegos. ¿Perdía don Juan intencionalmente?... Al principio, sí, después, no. Estaba alelado, tonto; en vez de atender al juego y seguir la marcha de las piezas de su contraria, se estasiaba admirando la tersura de su piel, el brillo diamantino de sus vivaces pupilas, el carmin de sus labios, la nitidez de sus uñas sonrosadas, el perfil de su graciosa nariz, la respiración suave é igual de su seno,

With several others things Which I forget,
Or Which, at least, I need not mention yet. (1)

cosas que comprenderá el lector si alguna vez ha estado enamorado de alguna cruel, capaz de volver el juicio á un cenobita de la Tebaida.

A veces Emirene hacia su jugada, levantaba los ojos y miraba á don Juan, que bajaba al punto la vista, y

(1) Byron. Don Juan.

parecía quedarse absorto en sus meditaciones, Pasaba un rato, y viendo ella que no alzaba la cabeza, impaciente le pinchaba la mano con un peon, diciéndole con dulzura:

—¿Es tan poco amable mi compañía que le da á vd. sueño?

—Qué sueño! contestaba él jugando al acaso la primera pieza que se le presentaba; sepa vd. que yo calculo mucho mis jugadas y....

—Hombre!... que le como á vd. ese alfil, exclamaba Emirene dando golpecitos en el tablero.

—Comálo vd. respondía él sin alterarse: me conviene que vd. lo coma. Vaya!... como que tengo previsto....

—Pues ya que vd. se empeña, replicaba la engreída niña, haciendo una lijera mueca llena de gracia, mordiendo el labio inferior y meneando la cabeza; por terco y desagradecido, le voy á tomar el Alfil, á darle jaque doble y en seguida mate. Ha oído V?...
ESTRELLA.

Matel... y de yerba paraguayana como á vd. le gusta.

—Corriente: contestaba el buen castellano divirtiéndose con la vivacidad é impaciencia de su maestra, casi tentado de humillar su vanidad, ganándole la partida así mismo desarbolado como estaba.

Doña Manuela en tanto atizaba el fuego, y apenas le veía mal parado comenzaba á darle chagüara: (1)

—Jesús! don Juan, hoy no vé V. nada, nadita.

—Ave Maria purísima! eso es no tener ojos....

—C'est effrayant! Mon dieu!

—Niña, pon esa pieza en su lugar; señor don Juan, vuelva vd. á jugar.

—Emirenc, es preciso que le des una torre...

—Eso son golpes *ab irato*, mi amigo—si vd. no se hubiese dejado comer

[1] Cuerda —guita.

el caballo, no perdería ahora la reina... he ahí las consecuencias de una primera falta. Que bien dijo el salmista! *Abyssus abyssum invocat.*

Así se vengaba de su abrumante indiferencia y de su falta de urbanidad y política, todas las veces que emprendía entrar con él en plena discusión sobre puntos científicos.

Al conducirse de este modo no obraba impulsada por ningún sentimiento rencoroso; ya he dicho que sacándola del terreno de la metafísica, era una excelente mujer: apreciaba además á don Juan, y cuando estaban solas no desperdiciaba ocasión de hacer notar á su sobrina las raras cualidades que le recomendaban: pero está en la naturaleza humana el revelarse involuntariamente contra todo lo que tiende á ajar nuestro amor propio. Hasta las mejores madres sienten un movimiento de despecho, al ver á sus hijos acariciando á otra mujer en su presencia; has-

ta los mejores amigos se resienten, si mientras nos dirijen la palabra conocen en nuestras miradas distraidas, jestos de impaciencia y preguntas estemporáneas, que no les escuchamos, ó les escuchamos de mala gana.

Lo único que en concepto de doña Manuela disculpaba al *grosero* hidalgo, era su pasión á Emirene, que la veterana comprendió desde el segundo día: y como el cariño que profesaba á aquella rayaba en delirio, y creia que no ecsistia en todo el universo una mujer mas hermosa, parecia muy natural que don Juan perdiese la cabeza, y no tuviese ojos ni oidos mas que para su ídolo. Sin embargo, absolviéndole jenerosamente, divertíase en contrariarle en cuantas ocasiones se presentaban.

¿Tenia razon doña Manuela, ó la conducta tan poco diplomática del castellano era efecto de su mala educacion?....

No: la señora acertaba, si bien su vanidad no la permitia comprender que su cháchara cargante y fastidiosa para un hombre indiferente, debia ser insoportable para otro que, de los cinco sentidos, tuviese seis á componer.

Tal vez el lector habrá observado como yo, ya en sí mismo, ya en los demas, el cambio que se verifica en nosotros cuando estamos realmente apasionados. Hay casos en que los hombres de talento se vuelven estúpidos al lado de la mujer que aman; y los necios por el contrario, se avivan de una manera espantosa; los mas audaces é insolentes, cámbianse en tímidos y vergonzosos; en groseras, las personas mejor educadas; los pusilánimes se sienten capaces de latirse con los doce ó quince rivales, que pretenden, mengüados! robarles el afecto de su *sin par fermosura*; los avaros derraman el oro á manos llenas; los orgullosos y coléricos encantan por su mansé-

dumbre y bondad; hasta los séres mas perversos y degradados deponen sus feroces instintos, y se truecan en mansos corderos, como se ha visto en los mas sanguinarios tiranos: bajo su bienhechor influjo, su personalidad disecada por el vicio ó el crimen, se reanima y vivifica; entonces abren sus ojos á la luz y su pecho á la virtud, y ejecutan grandes y jenerosas acciones que nos llenan de admiracion. Sublime poder de la belleza, fuerza irresistible del amor, emanacion purísima del Eterno! esto solo bastaria para probar tu origen celeste, si en la indefinible májia de tus castos goces, si en la ventura de dos almas que confundándose en una sola, parecen ser cada una el complemento de la otra, no hubiera Dios gravado su sello divino é inmortal, animándote, oh amor! con un bálito de su boca.

A pretesto de alentar su aficion al dibujo, regaló don Juan á Emirene el

dia de su santo, un magnífico Album, y aprovechando las ocaciones de congraciarse con ella, la obligó á aceptar el mejor de sus caballos. Presente inapreciable para una americana, y una prueba inequívoca del cariño del que se desprende de lo que mas estima, desde que á su amada le place. Por todo el oro del mundo no se hubiera don Juan deshecho de su hermoso *Tupac-Amáru*, (1) arrogante corcel chileno con una estrella blanca en la frente, negro como las nubes que se levantan de la Pampa y obscurecen el brillo del sol en tiempo de sequia; *parejero* sin igual que habia vencido á los mas afamados bridones de doscien-

(1) Nombre del último descendiente de los Incas que en 1780 se alzó contra España en la provincia de Tinta [Bajo Perú] reuniendo bajo sus banderas mas de cincuenta mil rebeldes. Vencido en Tungasuca por el mariscal Valle y hecho prisionero, fué condenado á ser descuartizado vivo por cuatro caballos, despues de azotarle, cortarle la lengua, etc sentencia atroz que se ejecutó al pie de la letra.

tas leguas á la redonda, pero Emir-
ne exclamó al verle:

—Ay! qué bonito caballo!... cuanto me gusta!....

Y él la contestó al instante, fro-
tándose las manos de gozo.

—Tiene muy buen andar, y lo he
hecho venir esprofeso para ofrecérse-
lo á vd.

Mentira! lo habia hecho venir para
montarlo él; mas leyó en el rostro de
la caprichosa niña un vago deseo, es-
presado por las palabras involuntarias
que se le escaparon, y recojiéndolas al
vuelo, se conceptuó feliz de tener al-
go que llamase su atencion y de po-
der satisfacerla, aunque le costase un
gran sacrificio. El verdadero amor siem-
pre se conduce de ese modo.